

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1915

NÚM. 1.728

BARCELONA. - EXPOSICION DEL CÍRCULO ARTÍSTICO



LA LECHERA DEL CUENTO, cuadro de Carlos Vázquez

La exposición con que el Círculo Artístico de esta ciudad ha solemnizado su instalación en el nuevo edificio social, y en la que figuraba el hermoso cuadro de su presidente, el celebrado pintor Carlos Vázquez que adjunto reproducimos, ha sido una manifestación artística de verdadera importancia y una demostración de la valía de los elementos que integran aquella entidad.

Ramón Casas, Ricardo Urgell, Tamburini, Martí Garcés, Mongrell, Beltrán, Xiró, Masriera (L. y F.), Casas Abarca (A. y P.), Galofre Oller, Borrás Abella, Rusiñol, Moisés, Puig Perucho, Gili Roig, Matilla, Montaña, Larraga, Cardona, Atché, Montserrat y muchos más, han aportado a la exposición notables obras, y estos nombres bastan por sí solos para dar una idea de la alta significación que aquella ha tenido.

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El príncipe de la risa*, por José Pablo Rivas. — *La guerra europea*. — Madrid. *Una fundación benéfica del Excmo. señor conde de Romanones*. — Barcelona. *Homenaje a Pío X*. — *Concurso de deportes de invierno*. — *La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *El Japón y la guerra europea*. — *El general Pimenta de Castro*. — *El Dr. Hefferich*. — Madrid. *Homenaje al Dr. Cortezo*. — Melilla. *El Comedor Popular Reina Victoria*. — *Príncipes en la guerra*. — Libros.

Grabados. — *La lechera del cuento*, cuadro de Carlos Vázquez. — Dibujo de Opisso, ilustración al cuento *El príncipe de la risa*. — *El esclavo*, escultura de Esteban Sinding. — *Flor campestre*, cuadro de José M.^a Tamburini. — *Costumbres populares de Lombardía*. *El exorcismo*, dibujo de Ricardo Pellegrini. — *La guerra europea*. *Artillería rusa pasando un río*. — *En las trincheras del frente de batalla*. — *En los Vosgos*. — *En el frente de batalla ruso*. — *Lucha con granadas de mano desde una trinchera*. — *En Rusia*. — *Maternidad*, cuadro de Lyonel Smithe. — *El trabajo*, cuadros de Luis Dettmann. — *El estudio*, cuadro de Guillermo Larrue. — Madrid. *Pabellón para niñas y niños cojos costeado por el Excmo. Sr. conde de Romanones*. — Barcelona. *Homenaje a Pío X*. — *Deportes de invierno en el Valle de Ribas*. — *El emperador del Japón Yosi-Hito y el príncipe Fushimi*. — *El general Pimenta de Castro*. — *El Dr. Hefferich*. — Madrid. *Homenaje al Dr. Cortezo*. — Melilla. *Inauguración del Comedor Popular Reina Victoria*.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Barcelona ha recobrado definitivamente su normalidad sanitaria. Si no lo dijeran los datos estadísticos y las informaciones del servicio de higiene, habría de proclamarlo igualmente el aspecto de la población, el bullicio de las calles, la prosecución de su vida intelectual y artística, semiparalizada en los últimos meses.

Sesiones académicas, reapertura de teatros, conciertos de la Barrientos en el *Orfè Català*, exposición conmemorativa de los veinticinco años de labor artística de Rusiñol, Casas y Clarassó, todo denota esa vuelta de que hablaba a la animación y al contento de espíritu, aun en medio de la enorme tragedia en que se debate la Europa central. Saludemos, pues, la normalización, poniendo buena cara al mal tiempo pasado y al mal tiempo que pueda reservarnos el porvenir, no despejado todavía, ni mucho menos, a la otra parte de la frontera pirenaica.

Para afrontar esas contingencias, para aprovechar las circunstancias creadas por el conflicto internacional, Barcelona no ha dejado de espolear la iniciativa del poder público, luchando con la inercia del país y, sobre todo, con la falta de un sentido económico preciso, vigilante, perseverante. Y he aquí, ahora, la cuestión de las zonas francas o neutrales que ha venido a apasionar la opinión española y a reabrir la eterna discusión en forma que pone de relieve, una vez más, cuán lejos nos hallamos de poseer el instinto positivo, la comprensión-patriótica y certera de las solidaridades nacionales. Otra vez se han ido las reconveniciones de región a región y aun de ciudad a ciudad, como si estuviéramos perpetuamente condenados a no encontrar la fórmula económica, política y social de nuestra convivencia. Las palabras proteccionismo y libre comercio, desamparo y privilegio suenan ahora, de un extremo al otro de la península, lanzadas a manera de proyectiles.

¿Cuándo será que adquiramos el espíritu de coordinación, el sentimiento orgánico y patriótico por excelencia? De mí puedo decir, que sin ser economista ni productor en el sentido material de la palabra, siento esa coordinación y la llevo en mi mente como una cosa viva y harmónica. En primer lugar, veo que todos los pueblos de la tierra son librecambistas o proteccionistas, no en abstracto ni por obligación doctrinal pura, sino mediante aprecio de los tiempos, de las circunstancias, de las realidades sobre las cuales se asienta o con las cuales tiene que luchar la economía de cada país. En segundo término, urge precisar un poco la palabra proteccionismo y no aplicarla exclusivamente al objetivo industrial ni confundirla con el simple régimen arancelario, puesto que muchas leyes y medidas de carácter interior constituyen actos de protección y defensa de la riqueza tan vigorosos como los que ofrecen las aduanas.

* *

Lo que se ha hecho y se hace todos los días para conservar el mercado y el precio remunerador a los trigos españoles, para conservarlos a la remolacha y al azúcar fabricado, no cede en intensidad a lo que se ha hecho para proteger una fabricación o manufactura no agrícola, sea lo que sea. Y ello está perfectamente bien hasta el punto de que el industrial que no se aviniera a la transacción y sacrificio indispensables me pareciera, no sólo un mal patriota, sino un suicida nato. En algún punto la protección agrícola ha llegado al sistema prohibitivo y, en cuanto

ello obedezca a la salvación de la riqueza nacional, ni la palabra prohibitivo ha de espantarnos.

Pero así como se recuerda lo que paga de exceso un labrador por las telas que gasta durante un año, hay que recordar lo que miles y miles de obreros pagan de más por el pan que consumen, cancelando un sacrificio con otro y considerando a entrambos como una condición ineludible de equilibrio y coexistencia. Hay que recordar que, eliminando esa masa obrera, se eliminaría también el mercado más seguro o, acaso, el único mercado de muchos productos agrícolas, al cual no se hallara sustitución posible en el extranjero por dificultades insuperables de la competencia, por la fatal esterilidad de nuestro suelo, por el bajo rendimiento de muchas tierras de cultivo que en España producen el 5 ó el 6, mientras sus similares extranjeras ofrecen el 15 y hasta el 20 por 100. Como también eliminando la clase agrícola desaparecería el principal consumidor de la industria.

Al tratar de Cataluña, por ejemplo, se parte del error de considerarla exclusivamente industrial. Al tratar del resto de España se parte de otro error, de declararlo exclusivamente agrícola, por la razón negativa de no haber organizado todavía su industria o toda su industria posible. Pero quien conozca a nuestra región y haya seguido su desenvolvimiento, sabe que la agricultura es aquí importantísima y que el progreso y defensa de la agricultura preocupan en la misma medida que los de la industria. Los intereses de una y otra producción pueden hallarse en pugna momentáneamente, pueden parecer antagónicos, pueden ser tenidos por irreconciliables. Pero no tarda en imponerse el sentimiento de la solidaridad entre todas las clases de productores. Una secreta propensión instintiva los empuja hacia las soluciones de armonía, hacia la transacción y el mutuo sacrificio. Por encima de los intereses agrarios y de los intereses industriales se cierne ese *sentido económico* de que hablaba, integral y regulador por naturaleza; y ello no como doctrina cerrada y a priori, sacada de las escuelas y de los libros, sino como impulso y adivinación vital de la colectividad en su actuación cotidiana.

Ahora, con motivo de las zonas neutrales vuelven a relucir los doctrinarismos de costumbre, los axiomas y las frases hechas: España ha de ser un país eminentemente agrario y a ese teorema hay que adecuar resueltamente el sistema económico legal. Pero, señores y amigos, ¿nada dice en favor de la coordinación de intereses entre unas y otras comarcas esta misma simultaneidad interior de una Cataluña agrícola y una Cataluña industrial paralelamente conducidas e impulsadas? ¿Nada prueba este ensayo de concordia entre unas y otras exigencias dentro del mismo grupo geográfico? ¿A qué insistir en la afirmación de que la relativa prosperidad económica de Cataluña se debe al favoritismo con exclusión de las aptitudes naturales de los catalanes?

* *

Yo invito afectuosamente y de todo corazón a meditar este punto. El Sr. Sagasta que algunas veces daba expresión feliz a las mayores vulgaridades de pensamiento habló de los *hereus* de España. Una mentalidad poco escrupulosa ha permitido, durante años y más años, que circulase y hasta que prosperase esta versión. Para muchas personas del vulgo de levita es herencia el que se le deje a uno vivir de su esfuerzo. Casi nadie se para a reflexionar que las organizaciones económicas de los pueblos no pueden ser impuestas de arriba abajo, que no se producen por silogismo ni por otro procedimiento dialéctico. El poder público puede, con medidas previsoras, fomentarlas y darles mayor impulso. Puede aniquilarlas. Lo que no puede hacer es crearlas y sostenerlas indefinidamente a través de los siglos y como hecho constante de la vida y la historia de la nación. Resultan, así como son, del libre juego de las aptitudes y de las energías. Ningún motivo sentimental interviene decisivamente en ellas. Ni la simpatía ni la aversión modifican el imperio de las leyes que regulan la producción, el cambio y el consumo. Ningún lirismo romántico les perturba.

Lo que ahora representa la región catalana en el mapa español lo representa *mutatis mutandis* hace muchos siglos. Esa mancha más intensa de actividad productora, es la misma que sorprendieron en el siglo xv viajeros como el caballero bohemio barón de Rosmihal y sus acompañantes, o historiadores y cortesanos como Hernando del Pulgar; la misma que advirtieron en el siglo xvi los embajadores de las repúblicas italianas; la misma que señalan en el siglo xvii los escritores economistas que empiezan a tratar de la decadencia española bajo la casa de Austria, y la misma que registran en el siglo xviii los en-

ciclopedistas y Amigos del País, admiradores del «esfuerzo catalán». Todas las contrariedades no han bastado para acabar con este esfuerzo; todos los favoritismos y regímenes privilegiados no hubieran bastado a producirlo sin contar con su primera materia.

Reconózcase, pues, lealmente que no es del favor de lo que exclusivamente se alimenta dicha prosperidad. No es favor lo que rige para todos los españoles y pueden aprovechar todos los españoles. La situación geográfica, la tradición local y, en último término, el carácter de los habitantes, son los factores decisivos de este fenómeno. El arancel de que se ha amparado, abriga también a las demás regiones, y a su sombra va creándose una ya copiosa industria fuera de Cataluña. Contrariamente: si este sistema hubiese resultado nocivo para la agricultura y sido causa de su postración, la agricultura catalana que ocupa en España el número 1 en la producción de vino, el 2 en la de aceite, y representa el 10 por 100 de la total producción, esa agricultura, repito, hubiera sido la primera en extinguirse, en vez de desarrollarse y perfeccionarse como ha hecho.

Además: los pueblos no se imponen como no tengan motivos serios, racionales, suficientes para imponerse. El mismo hecho de haber prevalecido, si es que ha prevalecido en España, el criterio económico de Cataluña, no entiendo yo que pueda considerarse como algo arbitrario ni fortuito, antes bien delata una fuerza y una razón intrínsecas de triunfo. «¡La táctica! — se objeta — he aquí lo que ha sabido hacer Cataluña.» En efecto: ha tenido cierta táctica, cierta disciplina, cierto espíritu de coordinación y continuidad, si no siempre dentro de casa, cuando menos para mirar a fuera y defenderse de sus adversarios. Mas esa coordinación no es fortuita tampoco ni superpuesta, ni puede conseguirse sin la base de otras condiciones preexistentes.

La intensidad de intereses engendra la intensidad de opinión; el estado amorfo de la opinión suele corresponder al estado amorfo de todos los elementos de vida, que no han conseguido aún enlazarse harmónicamente. Por esta razón, a Cataluña se le ha reservado el papel, no pocas veces odioso y siempre molesto de excitante, de revulsivo, de despertador. No ha querido consentir en el sobreseimiento de la instancia planteada en 1898. Sin ese importuno que a todas horas pide, que a todas horas recuerda al resto de la nación el peligro y la necesidad de salvarse, la modorra se hubiera apoderado definitivamente de todos, y España hubiera muerto de fastidio.

* *

Compréndanlo así, cordialmente y de buena fe, nuestros hermanos de las demás regiones. Discutan enhorabuena sus derechos; defiendan palmo a palmo sus intereses, pero comprendan que, por encima de esos intereses, debe existir, regulando y haciendo compatible su diversidad, una suprema concordia económica, una solidaridad en la cual todo se siente y todo repercute. La riqueza crea riqueza. Un incremento de la agricultura trae aparejado otro incremento de la industria; el bienestar del obrero se traduce en mayor consumo, y el del labrador en otro tanto. No son enemigos sino aliados; y sólo una pasión, una ofuscación antipatriótica puede empeñarse en ahondar sus diferencias. Agricultores, industriales, comerciantes, son como las tres armas del gran ejército de la producción que en tiempo de paz tienen entre sí sus piques de cuerpo, sus rencillas y sus rivalidades; pero que ante el enemigo común que es la competencia, que es el extranjero, se agrupan solidarios en el peligro y en la defensa de la misma patria y de la misma bandera.

Y he aquí, lector, cómo la polvareda de las zonas neutrales me ha llevado a discurrir acerca de cuestiones económicas tan fuera de mi profesión actual, pero, sin embargo, tan enlazadas con la esencia de nuestro patriotismo y con el problema de la restauración de España. No; no se trata de simples cuestiones técnicas, reservadas tan sólo al hombre de cátedra y al profesional. Se trata de una cuestión nacional y de un momento grave, a cuyo estudio y solución debemos concurrir todos, con buena voluntad y corazón abierto.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



EL PRÍNCIPE DE LA RISA
 POR JOSÉ PABLO RIVAS

dibujo de Opisso

Estábamos una noche *chez Maxim*, el restaurán más célebre y elegante de París.

La sociedad cosmopolita de que se compone la clientela del Maxim, era aquella noche poco numerosa. Había baile en la Opera, y todo el elemento alegre había acudido a él. Sólo se encontraban en el lujoso restaurán dos o tres actrices de la Comedia Francesa, algunos matrimonios extranjeros y unos cuantos invariables concurrentes, entre los que figuraba yo, acompañado de mi amigo Jorge Alfaro, el nuevo agregado de la embajada de España, que iba aquella noche por primera vez *chez Maxim*.

Las parejas de tango argentino y de furlanas lucían sus habilidades en medio de la general indiferencia. Decididamente, aquella noche estaba el restaurán muy desanimado. Los que habían ido por vez primera, atraídos por la fama mundial de que goza el célebre Maxim y deseosos de conocer su fisonomía brillante y alegre, habían perdido el tiempo.

Sin embargo, de dos a tres de la madrugada notóse un movimiento de regocijo en el grupo formado por la Derval, la exquisita actriz, su compañera Ivonne Le Brasseur, y siete u ocho amigos y admiradores suyos.

— ¡Ya está ahí!, gritó uno de ellos, dirigiendo la vista a una de las magníficas arcadas de mármol blanco que conducía al primer salón.

— ¿Quién?, preguntó Ivonne.

— El príncipe.

— ¡Oh! ¿Fromentín? ¡Bravo!

— ¿Ese pobre loco?, dijo uno de ellos, en cuyo acento se advertía que era americano.

— ¿Loco?, exclamó la Derval. Vale más que todos vosotros. Vosotros me aburrís, sois todos lo mismo: vulgares, anodinos, incoloros. Él no; él es ondulante, vario, indescifrable y logográfico. Es la duda, la indecisión, el misterio...

ria muy triste la suya! ¡Ya le verás!

— Pero ¿en qué consiste su principado?, interrogó mi amigo, cada vez más curioso.

— Ese es un título que le ha dado toda esta gente. ¡El Príncipe de la Risa! ¡Pobre hombre! A fuerza de querer ser alegre, resulta de una grandiosidad trágica. Desde que se murió su única hija, a la que adoraba, le da porque todo el mundo se ría, y si no lo consigue, se pone furioso.

— ¿Y ya no trabaja?

— No. Se apagaron por completo los resplandores de su genio. No ha querido volver a trabajar, y desde entonces, arrastra una vida bohemia y miserable.

— ¡Pobre hombre!

— ¡Mírale, ahí viene.

Un hombre de unos cincuenta años, de rostro afeitado, de cabellera enmarañada y copiosa, contenida apenas bajo las anchas alas de un sombrero negro flexible, y vestido con un viejo macferlán, que en su tiempo debió de ser modelo de elegancia, avanzaba hacia la mesa ocupada por la Derval y sus amigos con lento e indolente paso. Al verlos, se dirigió hacia ellos, saludándolos repetidas veces con su eterna sonrisa, que parecía haberse estereotipado en su semblante, y que era más bien una mueca dolorosa.

Al verle, tres o cuatro de los concurrentes se subieron sobre sus sillas e hicieron chocar las cucharillas contra las copas, produciendo un tintineo melodioso.

— ¡Hay que recibirlo dignamente!, gritó la rubia Ivonne.

— Sí, como él quiere, dijo Bernard, el jovencuelo burlón.

— Con la risa en los labios y el júbilo en el alma.

En medio de gran algazara, llegó Fromentín a la mesa ocupada por sus amigos. La Derval llenó una copa de champaña y se la ofreció. El, siempre sonriendo, la aceptó, llevándosela a los labios.

— ¡Oh, divino licor!, exclamó; tú eres la esencia de la vida.

La voz de aquel hombre producía un efecto extraño. Era vibrante, armoniosa; pero al mismo tiem-

— ¡Oh, divino licor!, exclamó; tú eres la esencia de la vida

— Vamos, dijo burlonamente un jovencuelo, una especie de Hámlet de cincuenta años.

La Derval le miró despreciativamente, volviéndole la espalda, y se levantó de su asiento para salir al encuentro de Fromentín.

— ¿Qué príncipe es ése? ¿Es algún ruso?, preguntóme intrigado Jorge Alfaro.

— ¡Oh, amigo mío, nada de eso! Es Fromentín, el trágico más grande que hemos tenido. Nadie ha vuelto a interpretar como él el Hámlet y el Oteló. ¡Es una histo-

po vaga e indecisa. Producía el efecto de que estuviese hablando en sueños.

De pronto, sus grandes ojos, que erraban distraídos por la concurrencia, se fijaron en los de la Derval, que le miraban compasivamente. Su rostro adquirió una expresión de terror infantil; su figura se encogió como la de un niño amedrentado por un fantasma imaginario.

— No, no me mires así, balbuceó suplicante, me recuerdas mi vida pasada..., me parece tu rostro como el de los espectadores..., con los ojos fijos..., clavados en el mío..., cuando yo hacía resonar en la sala los trágicos acentos de Oteló o las desgarradoras dudas de Hámlet... ¡Oh, cuán distinta era mi vida de entonces a la de ahora!, añadió con una especie de satisfacción y acentuando más su sonrisa. ¡Cuán tétrica y sombría! Yo no pensaba más que en acechar el dolor, dondequiera que le hallase, para estudiarlo bien y remedar después su mueca trágica... Lo espiaba en todos los rostros..., iba a buscarlo al pie del cadalso, en el rictus del condenado a muerte..., a los hospitales, en el último estertor del moribundo...

Su voz seguía siendo vaga y monótona. Mi amigo Jorge se había acercado al grupo, atraído por el pobre loco.

De pronto, Fromentín fijóse en mi amigo, en la expresión de tristeza que había pintada en su rostro, y lanzóse hacia él, furioso, con los puños levantados y dispuesto a acometerle.

— ¡Ríete!, gritó con voz estridente, colérico e irritado. ¡Ya he dicho que no quiero que me miren así! ¡No quiero!

Y sus ojos, inyectados de sangre, abriáanse desmesuradamente.

— ¡Ríete! ¿No te ríes? ¡Reid todos!

Y por su aspecto pareció llegar al paroxismo de la locura.

La dulce y exquisita Derval lo calmó, lanzando sonoras y argentinas carcajadas; lo cogió por el brazo, le hizo sentar y volvió a servirle otra copa de champaña.

— Bebe, Fromentín; pero sigue. ¡Es muy interesante todo lo que nos estás diciendo!

— Sí, sí, dijeron varios.

— Bueno, pero ¿os reiréis? ¿Me prometéis que os reiréis?, rogó Fromentín, ya tranquilo.

Y su acento suplicante tenía la terquedad de un niño cuando pide un juguete muy codiciado.

— Sí, dijo Ivonne, nos reiremos todos, príncipe de la risa.

— El dolor llama al dolor, no lo olvidéis nunca...

De pronto, pareció que su cerebro se iluminaba. Su voz se hizo más tierna, su acento vibró con más emoción.

— Un día, cuando yo menos lo esperaba, llamó a las puertas de mi casa... Dame más champaña, Ivonne.

Después de llenarle Ivonne la copa, Fromentín bebióse la lentamente, saboreando el vino y diciendo:

— Si los dioses hubieran conocido el champaña, habrían desterrado el néctar del Olimpo.

— No divagues, Fromentín..., cuéntanos todo lo que te pasó, dijo la Derval.

— Yo tenía una hija; era bella y suave como Desdémona; gentil y apasionada como Julieta...

Fromentín interrumpió su relato bruscamente, y cogiendo entre sus manos la frente de Ivonne, le echó la cabeza hacia atrás. Ella asustada, lanzó un leve grito.

— No, no te asustes, exclamó él sonriendo. ¿A ver tus ojos?

Y se los miró fijamente.

— No, dijo después de un momento de examen; no eran como éstos... ¿A ver los tuyos?

Y volviéndose a la Derval, hizo lo mismo que con Ivonne.

— Tampoco, dijo con acento de desencanto, tampoco..., ojos como aquéllos no los había en el mundo... Se cerraron para siempre...

Y un sollozo ahogado se escapó de su garganta.

Pasado un momento, volvió a su constante monomanía.

— ¡Reid!, ¡reid! ¡Yo quiero que os riáis!, murmuró suplicante.

— Sigue, dijo la Derval. ¡Es tan bonita esa historia!

— Y alegre, ¿verdad?, exclamó él, acentuando más la mueca dolorosa de su sonrisa. ¡Muy alegre!... Mi Jeannette, enfermó de pronto... Ella, tan risueña..., tan impetuosa y vivaracha, que llenaba mi casa con el eco melodioso de sus trinos, sintióse acometida de una tristeza mortal... Una dolencia misteriosa iba minando lentamente su vida... Y yo, que tenía que contener los sollozos en mi garganta para que ella no los notara, lloraba de veras todas las noches, ante el público que me aclamaba con entusiasmo... ¡Si vierais cuán dolorosamente resonaban aquellos aplausos en mi corazón... ¡Eran pedazos de la vida de mi Jeannette!..., ¡era sangre mía, carne de mi corazón, lo que yo

le arrojaba a la gente!... Una noche..., casualmente era la de mi beneficio... Daba miedo de ver la sala... desde la escena, parecía un mar inmenso de cabezas..., el público no cabía en el teatro... Yo hacía el *Hamlet*... Y llegó la escena del cementerio en que el príncipe de Dinamarca, llora la muerte de la in-

puerta del teatro para aclamarme... Y corrí, corrí a mi casa. Sentía una ansia inmensa de ver a mi Jeannette...

Calló un momento y después continuó:

— Y la vi..., la vi... ¡Qué bella estaba!... ¡Se había dormido para siempre!... Una sonrisa de júbilo y de pena, iluminaba su divino semblante... ¡Y yo entonces!..., ¡me reí!..., ¡me reí como un loco!... ¡Había llorado tanto la muerte de Ofelia, que ya no había lágrimas en mis ojos para llorar la de mi hija... Y desde entonces, juré reír, reír siempre... ¡Reid vosotros también!... ¿No veis cómo yo me río?

Y una carcajada larga, convulsiva y trágica, repercutió en todos los ámbitos de la sala, cayendo después el pobre príncipe de la risa derrumbado sobre su asiento, extenuado por sus dolorosos recuerdos.

De pronto, hicieron su irrupción en el restaurán unas cuantas alegres parejas que salían de la Opera, armando gran estrépito y algazara.

La orquesta de zingaros atacó los primeros compases de un vals vienés.

Los que rodeaban a Fromentín, contagiados del bullicio y alegría, empezaron a gritar, animando a los demás para que comenzase el baile.

La rubia Ivonne, de cuyo rostro habíase ya borrado la pasada emoción, se acercó a Fromentín muy alegre, diciéndole:

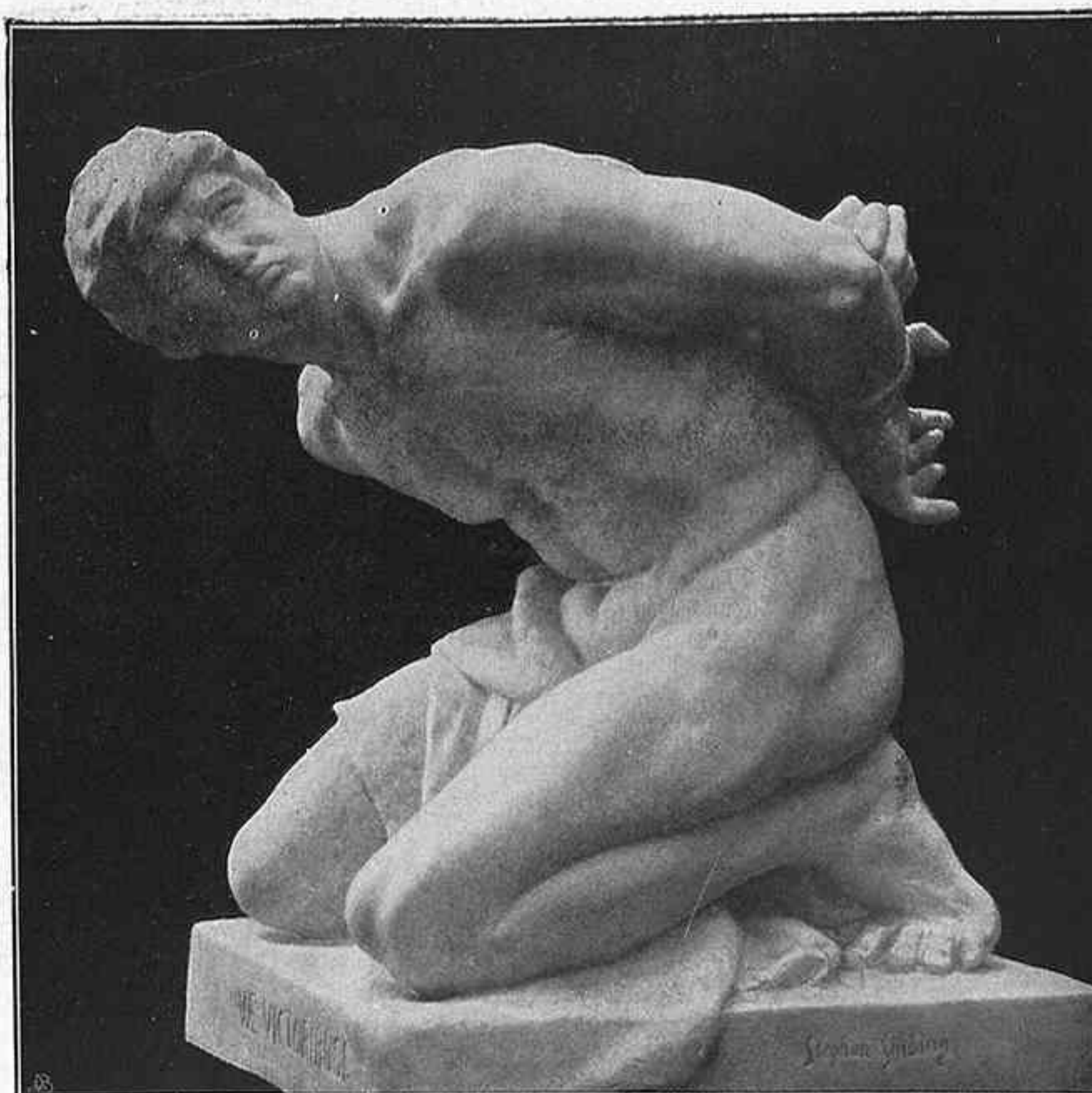
— Ven, príncipe mío, vamos a bailar.

— No, respondió él, como despertando de un sueño doloroso. Yo no bailo. Yo me río. Bailad vosotros.

Y disipada ya su momentánea lucidez, el pobre loco, el pobre príncipe de la risa, ostentando su eterna mueca, a un mismo tiempo trágica y grotesca, gritó con toda la fuerza que se lo permitieron sus pulmones:

— ¡Reid! ¡Reid! ¡La vida es una suprema carcajada!

Mi amigo y yo abandonamos el restaurán. Aquella alegría nos hacía daño.



El esclavo, escultura de Esteban Sinding

fortunada Ofelia... Yo me sentía más triste que nunca, era como si todos los dolores humanos, se hubiesen metido de un golpe en mi corazón... Aquella noche, sin saber por qué, me había costado mucho trabajo el arrancarme del lado de mi hija... Y fueron mis acentos tan hondos, tan téticos, tan conmovedores, que el público, puesto de pie, atronó la sala con sus aplausos, e inundó el escenario de coronas... Terminada la representación, huí, por una puertecilla excusada, de la multitud que me esperaba a la



Fior campestre, cuadro de José M.^a Tamburini. (Salón Parés.)



OSTUMBRES POPULARES DE LOMBARDÍA. EL EXORCISMO, dibujo de Ricardo Pellegrini

Esta fiesta del exorcismo se celebra el día 2 de febrero, día de la Purificación de Nuestra Señora, llamada vulgarmente de la Candelaria, y el protagonista de ella es el *Stregone* (brujo) a quien se atribuyen virtudes especiales contra el mal de ojo y contra las afecciones de garganta.

Esta última circunstancia hace que la gente de los valles lombardos conceda importancia especial al exorcismo, pues sabido es que en aquella región constituye una verdadera pasión el canto y que en ella abundan las voces hermosas y bien timbradas.

El *Stregone*, puesto delante de una gran marmitta humeante y armado de una larga antorcha de sebo, distribuye entre los muchos solicitantes los conjuros cabalísticos después de haber efectuado varias operaciones misteriosas con un juego de naipes. Merced a aquellos conjuros, los que los reciben se ven libres de todo mal de garganta durante el año.

Este espectáculo es uno de los más impresionantes que se ofrecen en la tranquila Lombardía y de él da perfecta idea el bellísimo dibujo de Pellegrini que reproducimos adjunto.



Caballería rusa pasando un río cerca de Ivangorod, al Sur de Varsovia. (Fot. de Parrondo.)



LA GUERRA EUROPEA

A falta de operaciones de verdadera importancia, no tenemos más remedio, si queremos seguir el orden que en estas crónicas nos hemos impuesto, que señalar los hechos más salientes, aun siendo de significación escasa, ocurridos durante la última semana en los distintos teatros de la guerra, extractando las notas oficiales de cada uno de los beligerantes.

En Francia y Bélgica, los aliados han progresado en el frente del Iser y rechazado los ataques de los alemanes dirigidos contra las trincheras del Este de Iprés; los ingleses rechazan los ataques de los alemanes en la región de La Bassée y recuperan algunas posiciones que habían perdido anteriormente; los franceses ocupan parte del terreno que habían tenido que evacuar en las Argonas y realizan algunos progresos en los Vosgos y en Alsacia.

Los alemanes, por su parte, afirman haber tomado importantes posiciones y algunas trincheras en la región de La Bassée, rechazando los ataques de los ingleses para recobrarlas; haber desalojado a los franceses de sus posiciones en las alturas de Craonne, tomándoles 500 metros de trincheras; haber rechazado los ataques de los belgas en Nieuport y los de los franceses en la región de Senones (Vosgos) y en la Alta Alsacia; haber ganado terreno en el Oeste de las Argonas y ocupado un punto estratégico al Sudeste de Saint-Mihiel.

Según parece, los alemanes intentaron un esfuerzo para romper las líneas enemigas en las inmediaciones de Soissons, pero no pudieron realizar el objeto que se proponían ante la enérgica resistencia que les opusieron los franceses.



En las trincheras del frente de batalla. - Oficiales ingleses con los nuevos capotes y botas impermeables para circular por las trincheras inundadas
En los Vosgos. - Compañías de cazadores alpinos yendo a tomar posiciones en la montaña. (De fotografías de Branger.)



En el frente de batalla ruso. - Distribución de sopa entre los prisioneros austriacos. (Fot. de Chusseau-Flaviens.)

En el teatro de la guerra del Este dicen los austro-alemanes: que en la Prusia oriental han rechazado los violentos ataques de los rusos al Nordeste de Gumbinen; que en la Polonia rusa

con lord Kitchener y se dice que ambos se pusieron de acuerdo acerca de la próxima campaña de primavera y resolvieron importantes problemas de abastecimiento; también conferenció

inmediaciones de Tcharnhorst los han obligado a replegarse, abandonando centenares de muertos, y han ocupado la ciudad persa de Tabriz, causando al enemigo enormes pérdidas en hombres y material de guerra.

Los turcos, en cambio, dicen que han tomado con éxito la ofensiva en dirección a Olty, habiendo hecho a los rusos numerosos prisioneros y habiéndose apoderado de un importante botín de guerra.

En las inmediaciones del Canal de Suez, en El Kantara, ha habido algunas escaramuzas entre las tropas inglesas y las vanguardias turcas.

El parte oficial del Almirantazgo alemán al dar cuenta de la batalla naval trabada en el Mar del Norte, de la que dimos noticia en la crónica anterior, afirma que los buques alemanes echaron a pique un crucero y dos destructores ingleses, según pudieron observar, además de los barcos alemanes, un submarino y un dirigible; y afirma también que otros buques ingleses sufrieron importantes averías. Niega, además, que la escuadra inglesa persiguiera a la alemana, la cual, por el contrario, impidió tal persecución con el fuego de su artillería.

Delante de Nieuport se ha perdido el submarino francés 219, de la estación de Dunkerque, habiéndose ahogado cinco hombres de los 40 que componían su dotación.

Un Zeppelin que intentó bombardear el puerto ruso de Libau fué alcanzado y destruído por el fuego de la artillería; según los alemanes, el dirigible destruído no era un Zeppelin, sino un dirigible naval del tipo Parseval.

Según parece, ha comenzado a desembarcar en el Havre el ejército inglés recientemente organizado por lord Kitchener; los primeros desembarcos comprenden cinco divisiones de 20.000 hombres cada una y han sido protegidos por numerosos torpederos.

Recientemente han estado en Londres los ministros de Guerra y de Marina franceses, señores Millerand y Augagneur. El primero conferenció



Lucha con granadas de mano desde una trinchera. A la derecha, un modelo de estas granadas. (De fotografía de Hofer.)

han tomado algunas posiciones rusas al Este de Lowicz, han desalojado a los rusos de algunos pueblos que habían tomado el día anterior en la región del Sur de Mlawa, les han tomado al-

con los ministros de Hacienda y de Marina ingleses, y fué recibido en audiencia privada por el rey Jorge V.

gunas trincheras a orillas del Nida y han ganado nuevo terreno al Sur del Vístula; que en Galizia, la artillería gruesa austro-alemana ha operado con éxito al Oeste de Tarnow y los rusos han abandonado algunas trincheras a orillas del Dunajec; que en la Bukovina ha fracasado por completo la energética ofensiva rusa; que en los Cárpatos los austriacos han recuperado los desfiladeros, haciendo al enemigo 10.000 prisioneros y tomándole seis ametralladoras; y que en Hungría las tropas rusas que habían penetrado hasta la región situada al Norte de Okormago, a orillas del Nagyaz, han tenido que desalojar sus posiciones fortificadas, habiendo quedado libre de enemigos el valle de aquel río.

Los rusos, a su vez, afirman que han realizado importantes progresos en la Prusia oriental, habiendo ocupado las ciudades de Lipno y Pilkalen, desalojado a los alemanes de la región de Tilsit y destruído la importante estación ferroviaria de Pogegen; que en Galizia ha fracasado por completo la tentativa austriaca de resistir la nueva ofensiva rusa; y que en los Cárpatos han obtenido grandes victorias, especialmente en la región del Dukla, que dista 200 kilómetros de Budapest y tiene mucha importancia estratégica, en donde tomaron a la bayoneta tres líneas de trincheras e hicieron 2.500 prisioneros, y cogieron dos ametralladoras y un cañón.

En la lucha entre rusos y turcos en la región del Cáucaso, han obtenido los primeros considerables ventajas, habiendo hecho fracasar la tentativa de los segundos de tomar la ofensiva en dirección a Olty, rechazándolos con grandes pérdidas; además, en las



En Rusia. - Convoy de prisioneros austro-húngaros dirigiéndose a la retaguardia. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

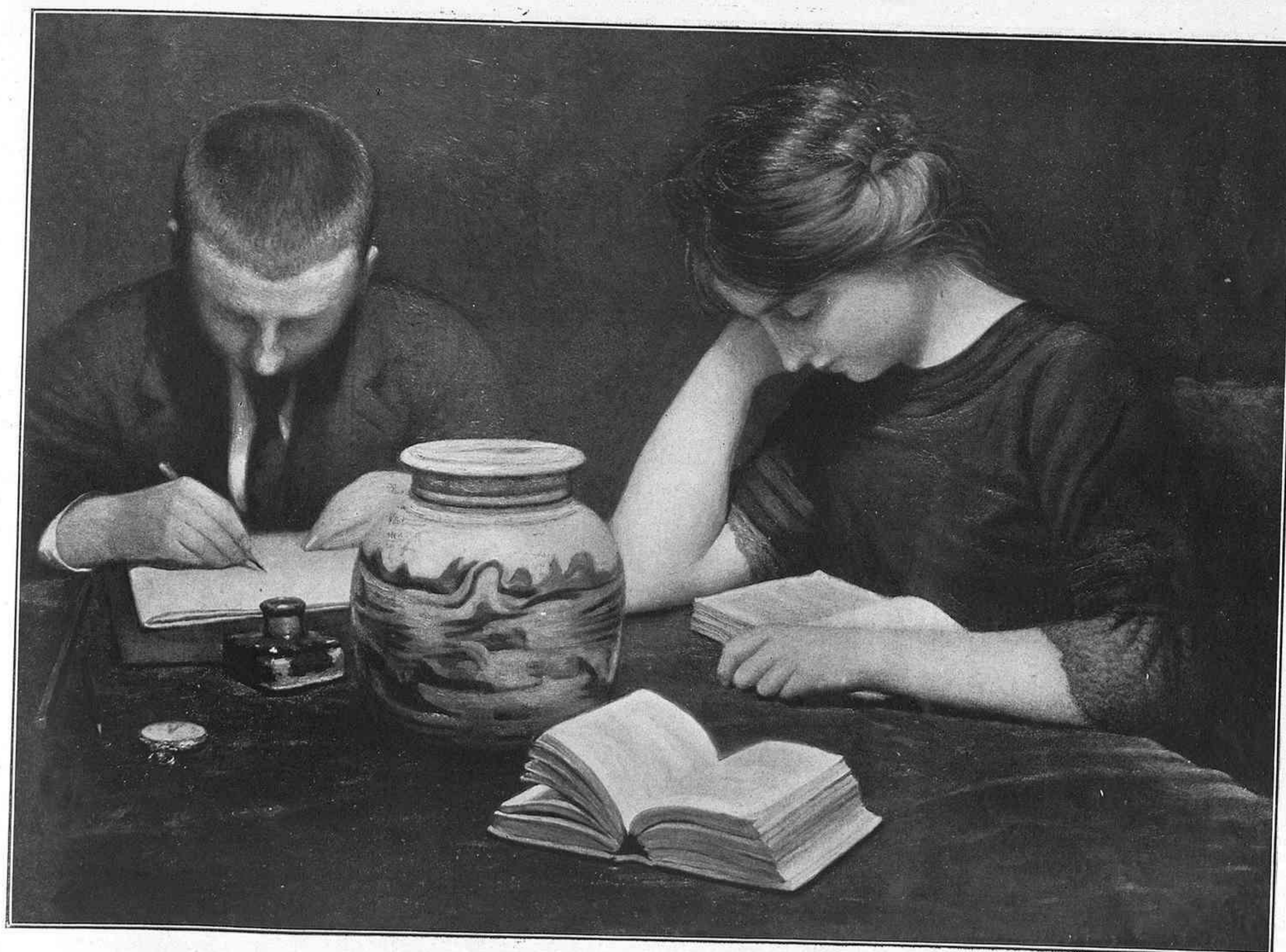


MATERNIDAD, cuadro de Lionel Smythe. (Reproducción autorizada.)

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



EL TRABAJO, cuadros de Luis Dettmann



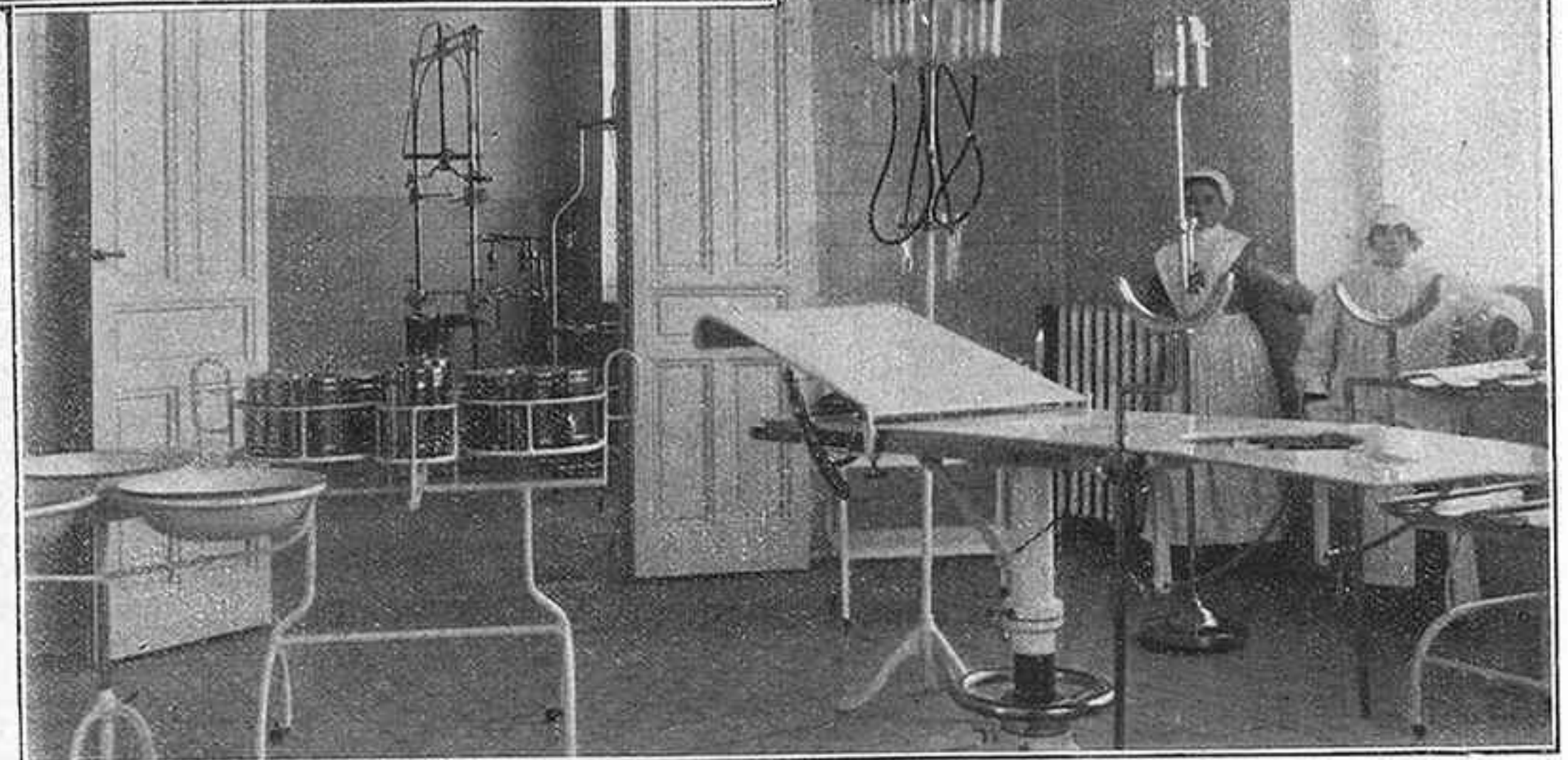
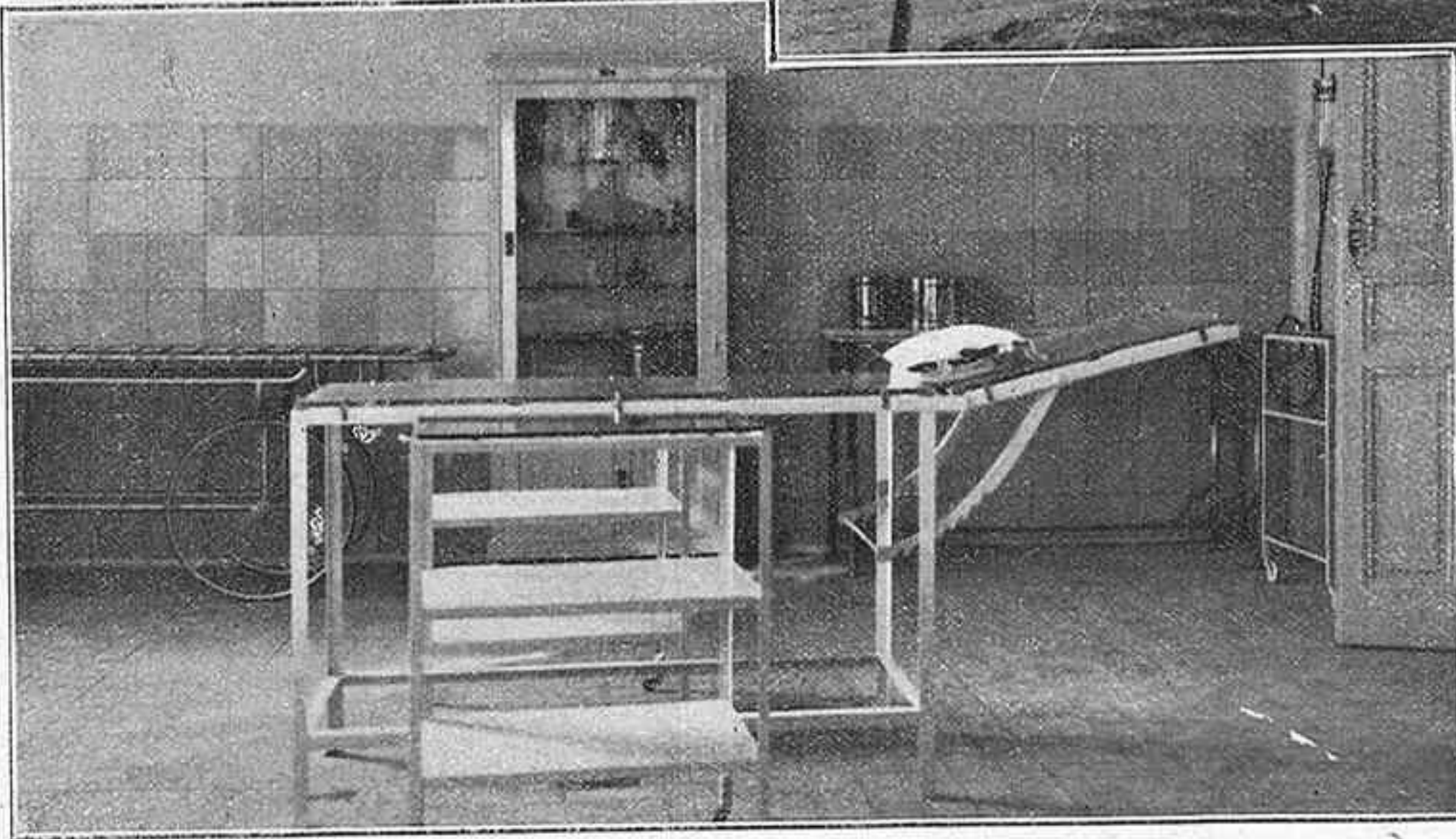
EL ESTUDIO, cuadro de Guillermo Larrue. Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1914

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

MADRID. - UNA FUNDACIÓN BENÉFICA DEL EXCMO. SR. CONDE DE ROMANONES

En el Instituto Rubio se ha inaugurado recientemente un pabellón fundado por el excelentísimo Sr. conde de Romanones para niños y niñas cojos. Consta este pabellón de dos salas separadas por un vestíbulo, destinadas una a los niños y otra a las niñas, y cada una de ellas con seis camas; de un laboratorio, salas de baños, de operaciones, de mecanoterapia y masaje, anestesia y desinfección, biblioteca, vestuario y sala de recreos, provista de todos los elementos de expansión compatibles con el estado de los pequeños pacientes.

Todas estas dependencias están perfectamente instaladas y dotadas de todo cuanto



Madrid. Pabellón para niñas y niños cojos costeado por el Excmo. Sr. Conde de Romanones en el Instituto Rubio
Vista exterior del pabellón. - Cama de reconocimientos. - Sala de operaciones. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

restauración de las cosas en Cristo, a la situación religiosa de Francia a consecuencia de la separación entre la Iglesia y el Estado, y al modernismo.

Dióse luego lectura a un trabajo del reverendo P. Ruiz Amado (S. J.) titulado «Los tres últimos Papas», de gran belleza literaria y de inestimable valor histórico y crítico, y a inspiradas poesías del P. Ramón M. Bolós, de la Compañía de Jesús, y de D. Jaime Boloix y Canela.

Los trabajos literarios alternaron con otros musicales que interpretaron con gran acierto las señoritas Badía, Pedret, Morera y Arsalaguet, y los señores Bootvhy y Madriguera.

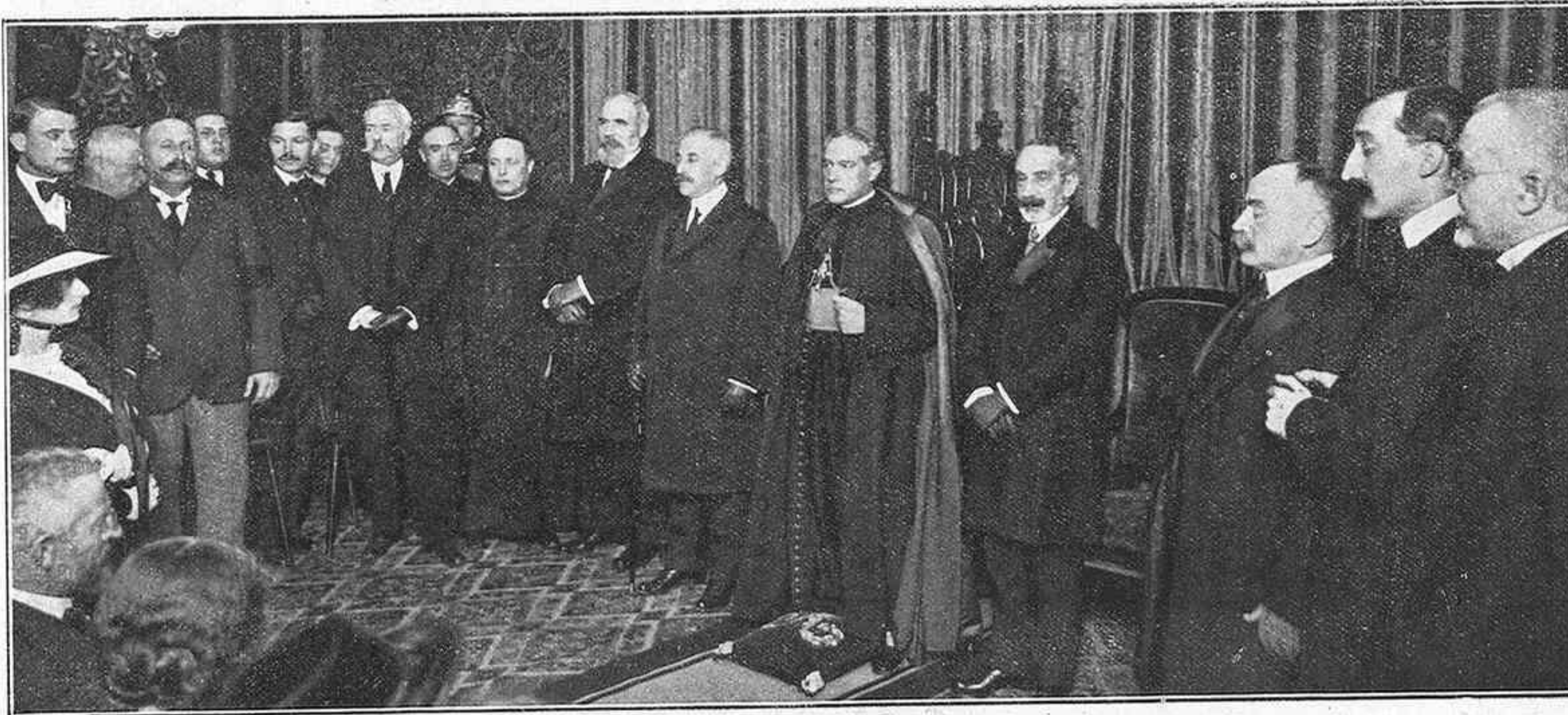
El señor obispo cerró el acto con un hermoso discurso asociándose a la iniciativa del

exigen la ciencia y el confort, pudiendo afirmarse que el nuevo pabellón es un modelo en su género.

A la inauguración asistieron S. M. la Reina doña María Cristina, S. A. la Infanta doña

Centro de Jóvenes y haciendo un brillante panegírico de Pío X. Después, el prelado dió la bendición a los concurrentes, que la recibieron de rodillas.

Todos los que tomaron parte en el homenaje fueron muy aplaudidos, y el Dr. Reig fué objeto de una grandiosa ovación.



Barcelona. - Homenaje al Papa Pío X celebrado en el Centro de Jóvenes de la Defensa Social. (Fotografía de A. Merletti.)

Isabel, una representación del Ayuntamiento de Madrid, algunos ilustres médicos y numerosas y distinguidas personalidades de la aristocracia, que fueron recibidas por los condes de Romanones y sus hijos.

Después de bendecido el pabellón, las personas Reales y demás invitados visitaron las salas de enfermos conversando afablemente con ellos y entregándoles paquetes de caramelos y bombones, y recorrieron las demás dependencias, quedando todos muy satisfechos de su visita y felicitando a los condes de Romanones, a la Junta de Patronato, a las damas curadoras y al Dr. Cervera, actual director del Instituto Rubio, y demás personal facultativo de aquel magnífico establecimiento benéfico.

BARCELONA. - HOMENAJE A PÍO X

Organizado por el Centro de Jóvenes de la Defensa Social, se ha celebrado en esta ciudad un solemne homenaje a la memoria del difunto Pontífice Pío X. El salón de actos de la entidad organizadora, severamente adornado y atestado de concurrentes, lo mismo que las dependencias contiguas, ofrecía brillantísimo aspecto cuando el señor Obispo, Dr. Reig, pasó a ocupar la presidencia acompañado del Delegado de Hacienda Sr. Eulate, del concejal Sr. Vallet, en representación del Alcalde; del Sr. Vidal, en la del Gobernador civil; canónigos, párrocos, representantes de órdenes religiosas y de varias asociaciones, y los presidentes e individuos de las juntas de los Centros de Defensa Social de esta ciudad.

El vicepresidente del Centro de Jóvenes, D. Juan García Borés, hizo la dedicatoria del acto, dió la bienvenida al prelado y trazó a grandes rasgos un bosquejo del pontificado de Pío X y en especial de sus aspiraciones a restaurar todas las cosas en Cristo.

El presidente del Centro de Jóvenes, Sr. Saenz de Barés, pronunció un elocuente discurso en el que, recogiendo el espíritu que informa la Defensa Social, lo fué cotejando con las encíclicas de Pío X, principalmente con las relativas a la

CONCURSO DE DEPORTES DE INVIERNO

En el pintoresco valle de Ribas se ha celebrado recientemente el concurso de deportes de invierno organizado por la Sección de Deportes de Montaña del *Centre Excursionista de Catalunya* y en el cual tomaron parte numerosos jóvenes y señoritas de Barcelona y muchos aficionados extranjeros.

El estado de la nieve impidió que se efectuasen todas las pruebas anunciadas en el programa. Entre los más interesantes de las que se realizaron mencionaremos la carrera de *toboggans* canadienses, la de *skis* y la de *luges*. En la primera consiguieron los primeros números de la clasificación las señoritas Hernando, Mora y Rosich y los señores Santamaría, Rosich y Norby, habiéndose adjudicado al Sr. Santamaría la «Copa Bertrand». En la carrera de *skis*, ganó la «Copa Barcelona» el señor Norby, quien quedó en posesión definitiva de la misma, por haberla ganado tres veces; ocuparon los puestos siguientes los Sres. Mollei, Santamaría Codina y Barrie. En la carrera de *luges* tomaron parte 54 corredores, habiendo resultado vencedor D. Pedro Giró, a quien le fué adjudicada la «Gran Copa Poniol».

Los excursionistas aprovecharon su estancia en aquellos pintorescos parajes para efectuar interesantes excursiones a las montañas vecinas.

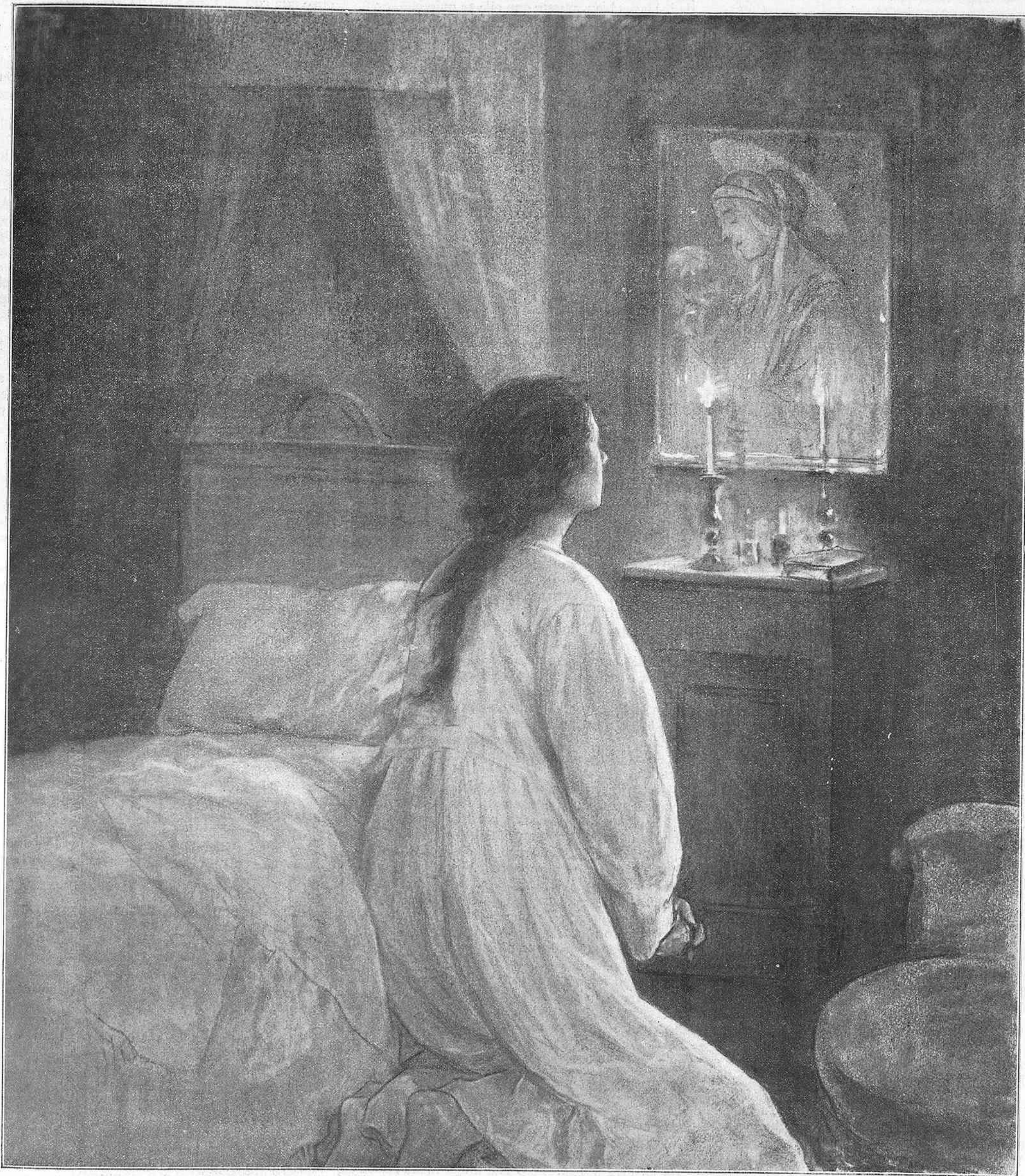
El reparto de los premios se efectuó en el Ayuntamiento de Ribas, habiendo pronunciado en aquel acto entusiastas discursos el alcalde de la población y D. Luis Col en nombre de la Junta de la sección de deportes del *Centre Excursionista*.



Deportes de invierno en el Valle de Ribas. - Una carrera de skis. (Fot. de nuestro reportero A. Merletti.)

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



La muchacha, de blanco con su ropa de noche, estaba arrodillada delante de las imágenes

La camarera era una muchacha de la servidumbre señorial, educada en las habitaciones de sus amos; para ella, las campesinas éramos muy poca cosa para que nos hablara a no ser por casualidad, en días de fiesta; yo no podía saber nada por boca de aquella orgullosa. Entonces resolví dirigirme a la hija del molinero; ésta vivía a dos verstas (1) de mi casa, a la orilla del río, y éramos buenas amigas, teniendo casi la misma edad, aunque ella no tuviese nada que

(1) Versta: medida itineraria de Rusia, que equivale a 1.077 metros.

hacer, cuando yo estaba abrumada de trabajo todo el día.

Al día siguiente, después de haber puesto toda la casa en orden, dije a mi padre que iría a ver si encontraba langostinos en un hoyo que yo conocía muy bien, cerca del molino, y partí con mi cesta. Al pasar por detrás de las dependencias señoriales, oí a Afanasi que bromeaba y se reía a carcajadas; conocía muy bien su voz y siempre me daba en el corazón, una voz de mujer reía con él; yo no distinguí si era la camarera u otra la que estaba con él, pero pasé rápidamente, casi corriendo. Desde aquel ins-

tante, estuve muy triste: sentía, no sé por qué, que mi viaje era inútil, y que ya sabía bastante para ver claro; pero, hija mía, cuando se tiene pena, no quiere una ver las cosas que la harían llorar; se tapa uno los oídos y cierra los ojos, hasta que la desgracia le da recios golpes en la cabeza, gritándole: ¡Pero mírame de frente! Y cuando se la mira, se ve que su cara no es nueva y que se la conocía desde hacía mucho tiempo.

Sin embargo, fui al molino. Paracha, la hija del molinero, estaba en la puerta, ocupada en dar de comer a unos pollitos granos de trigo caídos de los sa-

cos al descargarlos, y que no eran buenos para la molienda porque habían sido pisoteados por las ca ballerías.

— ¡Hola!, buenos días, me dijo; ¡dichosos ojos que te ven! No vienes nunca.

— No tengo tiempo, le contesté; hay demasiada gente menuda en casa.

Me hizo entrar, me ofreció kuas, cuajo de leche, rosquillas y otras golosinas. Había puesto sobre la mesa un magnífico pan de especias con su nombre, escrito encima con azúcar de caña.

— ¿Quién te ha regalado esto?, pregunté con un gran temblor en el corazón, pues ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

— Mi novio, el cochero Afanasi, contestó poniéndose colorada de alegría y de orgullo. Mis padres le han permitido venir a casa y hacerme regalos; soy su prometida; si los señores no se van a la ciudad este invierno, nos casaremos por Reyes; y si se van, nos casaremos después de Pascua.

«¡Qué pronto se entera una de su desgracia!», pensé.

— ¡Y bien!, ¿no me das la enhorabuena?, me dijo Paracha mirándome con asombro.

No sé cómo hice para levantarme, saludarla y besarla tres veces después de haberla saludado inclinándome hasta la cintura. Sin embargo, la felicité; y entonces me hizo subir arriba para enseñarme todo su equipo de novia. Era magnífico, pues su madre había empezado a reunirlo tan pronto como ella hubo cumplido doce años. Había de todo: toallas bordadas que ella había preparado para regalarlas, el día de su boda, a los jóvenes padrinos del novio, al cura, al diácono, a la Iglesia, a todo el mundo. Había al menos cuarenta. Vi encajes hechos por ella, con dibujos rojos y azules, pues sus padres no la escatimaban el hilo ni el algodón encarnado; tenía pañuelos de seda, y vestidos como las camareras de la señora.

— Mis padres, dijo ella, no permiten que me los ponga antes de casarme, porque no soy más que una simple hija de campesinos; pero cuando sea la mujer de Afanasi, me pondré los vestidos europeos en los días de fiesta, como una señora.

Mientras me enseñaba todas aquellas cosas, yo pensaba que era realmente una rica prometida. También era mucho más guapa que yo; tenía una gran trenza que caía casi tan abajo como las tuyas, porque ya sabes que las muchachas de mi tierra reúnen todos sus cabellos en una sola trenza. Dije para mí que era una locura de mi parte el haber pretendido el amor de Afanasi, cuando éste encontraba que una muchacha tan guapa y tan rica como aquella era todavía poco para él.

— ¿Hace mucho tiempo que te hace la corte?, le pregunté con una pequeña esperanza de que me contestaría que no.

— Por la Asunción hará un año, contestó con aire de triunfo.

¡Todo el invierno y toda la primavera! Me había cortejado como quien coge una florecilla en el camino, y que tira luego pensando en otra cosa; me había encontrado bastante bonita para decírmelo, y si yo hubiese sido menos juiciosa, él se hubiese aprovechado de mi locura y de mi ceguera. Además, la que toda su vida ha tenido el trabajo y la fatiga de cuidar a ocho criaturas, no puede dejar de ser juiciosa.

— Me voy, dije a la Paracha levantándome.

— ¡Tan pronto! ¿Adónde vas?

— A buscar langostinos en el río.

— ¿Y tú?, me dijo de repente, ¿no vas a casarte pronto?

No sé qué demonio me hizo levantar orgullosamente la cabeza.

— Así lo espero, contesté. Te convidaré a mi boda.

— Y tú vendrás a la mía, dijo Paracha, acompañándome hasta la puerta del molino.

Me fui animosamente bajo el sol del medio día, aparentando estar contenta; pero cuando hube llegado al hoyo de los langostinos, no tuve el valor de buscarlos; me senté sobre la blanda y verde hierba, muy espesa a la orilla del agua por donde no pasa nadie, y lloré todas las lágrimas que mis pobres ojos contenían.

Cuando estuve bien cansada de llorar, me arreglé, me lavé la cara entumecida con el agua del río siempre fría en aquel sitio sombrío, y regresé a casa con mi cesta vacía.

Tenía que volver a pasar por delante del molino; eché a andar de prisa a fin de que no se le ocurriese a Paracha, si me veía, la idea de preguntarme si había hecho una buena pesca. Pasé sin tropiezo, pero apenas había andado dos o trescientos pasos por el camino cuando vi a Afanasi, que iba al molino a grandes trancos, con el aire contento que le era ha-

bitual. Al verme, pareció algo sorprendido, pero en seguida se sonrió diciendo con amabilidad:

— ¿De dónde vienes, hermosa?

— Del molino, le contesté. Te felicito, Afanasi; te casas con una moza muy guapa y bastante rica para que puedas llevarla a que se pavonee por la ciudad. Haces bien, puesto que ella te quiere.

Di un paso para continuar mi camino, pero él me retuvo por la mano.

— La boda no está hecha, dijo con aire de astucia y que pretendía darme mucho a comprender.

Sentí hervir toda la sangre en mis venas.

— ¡Qué vergüenza!, exclamé; ¡qué infamia! Te burlas de las muchachas; no eres más que un vil embustero, un hipócrita, y si algo siento es haber mirado tu cara de cobarde y escuchado tus palabras de traidor. ¡Déjame!

Había arrancado mi mano de la suya y le miraba con tanta indignación que él retrocedió un poco.

— ¡Muchacha, balbuceó, no te enfades! Fué una broma..., dispensa... ¿Y a Paracha, le has dicho?..

— ¿Qué la he dicho?, contesté cruzándome de brazos y mirándole de hito en hito.

— ¿No le has dicho... que... «que yo había gastado bromas contigo»..., eh?

Mostraba tal cobardía y tal miedo, que mi cólera se disipó al instante.

— No, contesté recogiendo mi cesta que había dejado caer en mi acceso de cólera; no, no le he dicho nada; quizás he hecho mal, porque cree casarse con un buen muchacho y se casará con un miserable; pero me dió vergüenza confesarle mi necedad. Anda, puedes reclamar tu rica novia.

Me reí en sus barbas y huí a escape. Cuando llegué a casa, mi padre me preguntó por qué volvía con la cesta vacía. Como no me reñía a menudo y nunca por bagatelas, le dije que se me había ido el tiempo hablando con la hija del molinero, en cuya casa había entrado.

— Está bien, dijo; bueno es que te distraigas un poco; tu vida no peca de alegre. Sin marido, hace mucho tiempo que tienes los cuidados de una mujer casada.

No volvió a hablarme de ello. Tardé mucho, hija mía, en acostumbrarme a la idea de que Afanasi no era más que un pobre hombre, un imbécil sin corazón; cuando pensaba en él, sentía como si me lacerasen el cuerpo. Procuraba olvidarlo; pero cuando una ha bebido el veneno del amor, tarda en recuperar el dominio de sí misma.

La Niania, que había hablado con los ojos bajos, alzó luego sobre Antonina una mirada llena de compasión.

— Las hay, dijo la muchacha, que no lo recuperan jamás.

— Eso dicen, repuso la Niania; en cuanto a mí, tenía yo tanto que hacer que apenas podía pensar en el miserable sino de noche, y estaba tan cansada entonces que me dormía a menudo sin haber tenido siquiera el tiempo de decir: ¡Que el Señor me guarde! Pero aun me quedaba que sufrir a causa de Afanasi, pues no sé qué historia había inventado acerca de mí, a consecuencia de la cual Paracha empezó a no querer mirarme. Fingía no verme, como si yo hubiese hecho algo malo. Esto me apenó tanto, que poco tiempo después me casé rápidamente y sin reflexión con un campesino de mi pueblo que había pedido mi mano a mi padre. Quise casarme antes que Paracha, a fin de tener el derecho de no saludarla la primera, pues las solteras en todas partes ceden el paso a las mujeres casadas.

— ¿Y fuiste feliz con tu marido?, preguntó Antonina.

La Niania calló un instante.

— Era un mal hombre, dijo al fin, pero murió. Dios le haya perdonado.

— ¿Un mal hombre?, insistió la muchacha.

— Sí; me pegaba y me insultaba; yo no estaba acostumbrada a semejantes tratamientos, y me parecían muy duros... Pero una mujer casada debe someterse.

— ¿Murió?

— Sí; murió algunos años después de nuestro matrimonio, dejándome dos hijos. Le lloré, porque una mujer debe llorar siempre a su marido, pero su muerte, para mí, antes fué un bien que un mal.

— ¿Y tus hijos?

— Mi mayor pena fué que los perdí uno tras otro, a consecuencia de una fiebre que reinaba en el país... Entonces vi que todo es nada comparado con la pérdida de los hijos.

Antonina volvió la cabeza y su rostro se encontró en la obscuridad.

— Sí, continuó pensativa la Niania que parecía seguir su idea en los repliegues de su cerebro; los hijos que hemos puesto en el mundo, alimentado a

nuestros pechos, mecido en nuestros brazos..., los queremos más que todas las cosas. Después de mi marido me quedaban mis pequeñuelos; pero después de ellos, ya no me quedaba nada. No comía; tu difunta abuela se apiadó de mí y me tomó a su servicio. ¡Dios la guarde en su paraíso! Bien puede decirse que con ello me salvó la vida, pues mis hijos me atraían a la tumba.

Antonina puso su mano blanca y febril sobre la mano fresca y arrugada de la vieja sirvienta.

— Sí, sé que me quieres, dijo la humilde mujer; por esto os he querido tanto, a tu hermano y a ti; me recordabais a mis hijos. ¡Señor, qué lejos está todo eso!

La Niania se enjugó las lágrimas con el delantal y se levantó.

— Tu mamá nos reñiría si supiese que a estas horas estamos charlando en vez de dormir... Angel mío, voy a darte la poción contra la tos.

— Ponla sobre la mesa y luego la tomaré, dijo Antonina.

La Niania obedeció, arregló el hermoso cuartito virginal para que todo tuviese un aire de frescura y de cuidado, encendió la lamparilla y salió después de haber bendecido a la muchacha. Una vez sola, Antonina se levantó, abrió la ventana y tiró su posición a la calle; iba a quedarse expuesta al aire de la noche, pero le faltó valor.

— ¡Basta, basta, murmuró, se me acaban las fuerzas!

Volvió a acostarse, pero su sueño fué febril y entrecortado de angustiosas pesadillas. Hasta el nuevo día, la historia de Niania, la imagen de Dournof y la de su prometido giraron como un torbellino en su fatigado cerebro.

XII

— No sé lo que tiene Antonina, dijo quince días después la señora Karzof a su plácido esposo, mientras estaban solos en el comedor; parece que siente fatiga, tose un poco..., temo que esté enferma.

— Hay que llamar al médico, dijo sentenciosamente el buen hombre. Nunca deben desatenderse los primeros síntomas de la enfermedad; con frecuencia, una indisposición sin gravedad degenera en enfermedad peligrosa, por falta de...

— ¡Dios mío!, ¡cómo alargas las frases!, exclamó la señora Karzof algo impaciente. El médico vino ayer.

— ¡Ah!, ¿Y bien, qué dice?

— Dice que siga tomando la poción, y además recetó unos polvos.

— ¡Ah! Entonces se encontrará mejor dentro de algunos días, profirió el Sr. Kazof, que tenía en absoluta veneración a los oráculos de la Facultad.

Su mujer no parecía estar tan persuadida como él de la eficacia de aquellos remedios: permaneció un momento silenciosa.

— ¿Sabes, Karzof?, dijo luego; se me figura que Antonina ama a ese Dournof más de lo que habíamos pensado.

— ¿Por qué? ¿Te ha hablado de él?

— No, al contrario, desde que fuimos al Circo, no ha vuelto a pronunciar sobre él ni una palabra.

— ¡Es porque le ha olvidado!

La señora Karzof meneó la cabeza negativamente.

— Por lo que veo, Antonina no es capaz de olvidar así al hombre que ella me suplicó, durante tanto tiempo, que le diese por esposo.

— ¿Y bien? ¿Qué?, preguntó Karzof, en quien la inteligencia no se hallaba elevada a la altura de una virtud.

Su mujer le miró con un aire que le decía: «¡Eres un infeliz!»

Se encogió luego de hombros y se apoyó sobre la mesa para hablarle más confidencialmente.

— Quizás hemos hecho mal en querer casar a Antonina cuando ella pensaba en otro; creí que le olvidaría, pero no le ha olvidado. Con el tiempo, no digo que no, mas por ahora... Si la cosa no estuviese tan adelantada, yo hubiera preferido devolver la palabra a Titolof.

— ¡Devolver la palabra al general!, exclamó Karzof, como si le hubiese caído una casa sobre la cabeza.

— No grites tanto, es inútil que ella te oiga. Sí, devolver la palabra al general. Después de todo, ¿qué me importa el general? Antonina es nuestra hija, ¡y yo quiero que viva!

La señora Karzof empezó a llorar. Su marido, más atontado que nunca, la miraba con la boca abierta, sin encontrar palabras que decir.

— ¿Tan enferma está?, balbuceó al fin, después de haber coordinado una o dos ideas.

— No sé si está muy enferma, pero tiene unos ojos

que me espantan y me apenan al mismo tiempo. Parece perdonarme mi conducta... He querido enfadarme contra esos ojos, y nunca he podido encontrar lo que hubiese querido decirle...

— Entonces, interrógala, dijo Karzof completamente trastornado.

— Ya sé yo lo que me contestará; es inútil interrogarla mientras yo no haya hablado con Titolof. Tú que eres hombre deberías encargarte de eso. Mira si estaría dispuesto a devolvernos nuestra palabra.

— Yo..., probaré, declaró valientemente el buen hombre conmovido de ver llorar a su mujer; pero aterrado, en el fondo, a la idea de hablar a Titolof de cosas que no fueran asuntos de la vida corriente. Sabía bien que no había nacido orador ni diplomático.

Antonina entró en el comedor, excusándose por haberse levantado tan tarde. Hacía algún tiempo que le costaba trabajo abandonar la cama por las mañanas; se pasaba las noches sin poder dormir, y sólo lograba un poco de reposo entre ocho y diez de la mañana.

— No importa, Nina mía, dijo la señora Karzof. Danos un beso, muchacha; no somos soldados para levantarnos al toque de diana.

Sorprendida de tanta indulgencia, la joven levantó los ojos sobre su madre, y vio que había llorado. La asaltaron los remordimientos — no era la primera vez —, y pensó con el corazón dolorosamente oprimido en la pena que sus padres iban a experimentar muy pronto.

Por su parte, los viejos miraban a Antonina. ¡Cómo habían cambiado aquellos hermosos ojos antes tan puros, y aquella tez mate en que la vida circulaba por debajo, rica y abundante! Hasta los cabellos parecían haberse aclarado en las sienes, en que se descubría una red de venas azules. Cambiaron una mirada compasiva, una seña de inteligencia, y la señora Karzof se puso en seguida a hablar con su hija de una manera familiar y alegre.

— ¿Quieres ir al concierto esta noche?, le propuso.

— Bueno, contestó Antonina con indolencia.

— Hay un hermoso concierto en la asamblea de la nobleza; si quieres, tu padre irá a tomarnos dos billetes.

Antonina miró a su madre, creyendo haber oído mal.

— ¿Para nosotras dos, mamá?, preguntó.

— Sí, para nosotras dos; tomaremos un coche, e iremos solas.

— ¡Sin Titolof!

Aquella alegría inesperada la reanimó, y consintió con vivacidad que no había desplegado desde hacía mucho tiempo. El padre salió para ir a su oficina, y prometió traer los billetes. Por la tarde, el novio oficial llegó con su gracia ordinaria; había varias personas en el salón. Karzof, retrasado por la vuelta que había tenido que dar para tomar los billetes, no llegó hasta el momento en que su futuro yerno se despedía de las señoras, y no pudo cambiar con él más que un saludo y un apretón de mano.

Al entrar en la sala de concierto, Antonina sintió que las fuerzas le faltaban; el calor, los perfumes, el resplandor de las luces, todo ese conjunto excitante de las salas concurrencias la hizo desfallecer; sin embargo, se esforzó en marchar con paso firme, y sentóse al lado de su madre.

Durante los quince días que acababan de transcurrir, había sentido hacer al mal fulminantes progresos. En vano el médico de la familia le prodigaba las pociones que ella tiraba a la calle, los polvos que se quedaban en los cajones de sus muebles. El buen doctor, hombre poco inteligente, acostumbrado a seguir su rutina, no comprendía que, si su paciente hubiese seguido sus prescripciones, el mal no hubiera hecho tan rápidos progresos. No sospechaba siquiera que se tratase de algo más que de un resfriado de primavera, provocado por el rigor anormal de la estación. Pero a la luz profusa de la sala, y gracias a la sobreexcitación del atavío y de la música, Antonina estaba más hermosa que nunca. Sus ojos recorrieron lentamente las galerías del piso superior que da la vuelta a la inmensa sala; los que no quieren vestirse, o no quieren pagar quince o veinte francos por un asiento en el recinto reservado, pueden asistir desde allí al concierto por un módico precio. Antonina sabía que Dournof estaría allí; le había mandado a decir por la Niania que no dejase de acudir.

En efecto, la muchacha no tardó en descubrirlo encima de la orquesta, precisamente en frente de ella. Dournof le envió un beso discreto, llevándose los dedos a la boca; ella contestó con un movimiento de cabeza, y sus ojos ya no se separaron. Partieron juntos por esa región encantada de la música en que todo es luz y transparencia, en que el dolor mis-

mo reviste algo de vaporoso y de inmaterial. Los nervios de Antonina, tan penosamente tendidos desde hacía tanto tiempo, vibraban como las cuerdas de los violoncelos; ella gozaba tanto en aspirar con su amigo el aire abrasador de la pasión que las poderosas armonías de la orquesta le enviaban, que había olvidado los horrores que les estaban reservados.

Terminada la sinfonía, un tenor muy en boga y digno del favor del público, se adelantó en el estrado. Los instrumentos tocaron el ritornelo, y Edgardo empezó en italiano la romanza de *Lucía*:

Pronto la hierba de los campos crecerá
Sobre mi tumba solitaria.

Antonina, vuelta bruscamente a la realidad de su vida, dió un pequeño grito, hizo un movimiento hacia atrás y se desmayó. Prodióse un gran runrún en torno de ella. Los trombones cubrieron el movimiento que se hizo para llevársela, y el tenor continuó su romanza con el más vivo y merecido éxito.

En el momento en que Antonina volvió en sí en el tocador de señoras donde la habían transportado, frenéticos aplausos anunciaban la terminación de la romanza.

— Ustedes dispensen, dijo ella, en cuanto pudo hablar, siento mucho...

Alguien se ofreció a buscar un coche. La gracia y la hermosura de Antonina, ese no sé qué de casi sobrehumano que el sufrimiento contenido daba a sus ojos había atraído en torno de ella a varios hombres de la mejor sociedad. Dos ancianos, de los más conocidos entre la nobleza, no quisieron ceder a nadie el cuidado de conducirla a su coche. A la puerta, en la escalera, estaba Dournof, pálido y cohibido. Antonina, que le buscaba con la vista, le dirigió una sonrisa angélica, pero tan dolorosa que el joven se sintió impresionado en lo más profundo de su ser.

«Se va a morir, pensó. ¿Cómo no lo ve todo el mundo?»

Siguió al pequeño cortejo, y se paró cerca de la portezuela del coche; Antonina se apoyó en su mano al subir el estribo; pero la señora Karzof estaba tan turbada que ni siquiera le vio. Este síncope, después de su conversación de la mañana con su marido, había llenado su alma de terror. Mientras el coche las conducía a su casa, colmó a su hija de caricias, que Antonina aceptaba con pesar, pues sentía engañar así al amor materno de que ella había dudado y que se le revelaba ahora.

El señor Karzof, alarmado, bajó la escalera, enterándose del accidente sobrevenido a su hija, y la sostuvo, con ayuda de su hijo Juan, hasta su cuarto, a pesar de las instancias de Antonina que le aseguraba que se sentía completamente bien, y que ello no había sido más que un vahido causado por el calor. La señora Karzof quiso desvestirse personalmente a su hija y verla en su cama. Por más que se resistió, Antonina tuvo que someterse a los cuidados inquietos de su madre que no cesaba de llorar.

En fin, cuando hubo afirmado repetidas veces que tenía sueño y que necesitaba que la dejaran tranquila, la señora Karzof se decidió a retirarse y fué a escribir una esquila al doctor suplicándole que viniese a la mañana siguiente muy temprano.

— Niania, dijo suavemente Antonina, cuando su criada, creyéndola dormida, arreglaba el cuarto de puntillas; Niania, baja en seguida a la calle. Dournof debe de estar ahí; dile que no tengo nada y que se acerca el momento en que nos volveremos a ver. Corre.

La Niania iba a hacer una pregunta, pero Antonina le repitió: «¡Pronto!» y la pobre vieja se apresuró a obedecer. Volvió a los pocos minutos.

— Tenías razón, ángel mío, estaba abajo... Me ha encargado que te diga que debes cuidarte, que le diste un gran susto, que te ama con locura. ¡Ah!, hijos míos, lo que hacéis es muy peligroso. ¡Hay para morir!

Una pálida sonrisa iluminó el rostro de Antonina, la cual murmuró: «Buenas noches», y volvió la espalda a la luz.

Algunas horas después, toda la casa dormía cuando la Niania despertó con sobresalto de su primer sueño; le parecía que iba a sobrevenir alguna desgracia; se levantó descalza, y corrió al cuarto de Antonina, cuya puerta abrió con precaución. La muchacha, de blanco con su ropa de noche, estaba arrodillada delante de las imágenes, o más bien abismada sobre sí misma. Abiertas las manos sobre sus rodillas, oraba y lloraba. De sus labios brotaban palabras sueltas; había llorado tanto, que ni siquiera tenía fuerzas para levantarse.

— Perdóname, Dios mío, decía; perdóname, recíbeme en tu paraíso. Sufro, sufro, sufro demasiado. ¡Qué pena para él y para ellos! Pobre pecadora, si

Dios me rechaza ¿qué va a ser de mí? ¡Y soy tan joven! ¡Ah!, Dios mío, no puedo más...

Iba a caer tendida en el suelo, pero la Niania, que la había escuchado con los cabellos erizados de espanto, la recibió en sus brazos, y con una fuerza que su edad le había quitado hacia tiempo, pero que su ternura le devolvió por el momento, levantó a Antonina en brazos y la puso sobre su cama. La enferma abrió los ojos, la reconoció, le sonrió y volvió a cerrarlos en un segundo desmayo.

— ¡Socorro! ¡Socorro!, gritó la Niania; ¡nuestra señorita se muere!

La casa entera acudió; se emplearon los remedios usados en casos semejantes; y la señora Karzof envió inmediatamente a buscar al médico.

Éste acudió al cabo de una hora; quería mucho a Antonina, a quien había visto nacer, pero su ciencia no estaba a la altura de sus sentimientos. Diagnosticó un estado nervioso muy pronunciado, protestó contra las emociones de toda naturaleza, y prescribió el reposo.

Al día siguiente, o mejor dicho aquel mismo día, cuando el general se presentó a la hora de costumbre, el señor Karzof le recibió con embarazo.

— ¿La señorita Antonina va bien?, preguntó el galante novio después del primer saludo.

— No mucho, contestó el buen viejo; hasta queríamos decir a usted...

— ¡Cómo! ¿Está enferma?, dijo el pretendiente, cuyo rostro adquirió en seguida la expresión de tristeza requerida en semejante caso.

— Sí, es decir... Anoche se desmayó dos veces...

El general frunció las cejas que levantó al mismo tiempo hasta la mitad de la frente; este juego de fisonomía significa en lenguaje cortés: ¡Qué desgracia!, ¡y cómo me sorprende!

— ¿Y el doctor, qué dice? Porque supongo que han pedido ustedes el auxilio de la ciencia.

— Naturalmente. El doctor dice que es necesario evitar las emociones; prescribe el reposo absoluto, recitó Karzof, que se había aprendido la frase de memoria.

Titolof levantó las cejas hasta más arriba que antes.

— ¡Qué lástima!, ¡qué lástima!, dijo. ¡Una joven que parecía gozar de una salud tan excelente!

— Estaba muy buena... Es desde sus esponsales que...

Titolof adoptó un aire tan grave que Karzof no se atrevió a terminar la frase; empezó otra pensando que quizá por aquel lado le sería más fácil.

— ¿Cuándo tiene usted que salir de Petersburgo, general?, le preguntó con amabilidad.

— La segunda semana después de Pascua, en todo caso, contestó el funcionario contrariado.

— ¡Hem!., ¡diantre!.. Es que... Verá usted, general, me temo que para entonces mi hija no esté restablecida.

Titolof dió un respingo como si le hubieran pinchado con una aguja en la pantorrilla.

— ¿Entonces?... dijo él con muchos puntos de interrogación en el gesto y en la voz.

— Pues sí, general, contestó Karzof bajando la cabeza, como si su jefe inmediato le hubiese infligido la más enérgica repulsa.

— ¡Cómo «sí»! No me atrevo a comprenderle, caballero, porque, si no he oído mal, retirarían ustedes una palabra dada, y...

— No retiro la palabra dada, dijo Karzof levantando la cabeza; pero mi hija está enferma, y el médico le prohíbe toda clase de emociones, y el matrimonio es una fuente de emociones, y en las circunstancias presentes... En fin, si se restablece pronto como esperamos, en ningún caso podrá contraer lazos matrimoniales antes de cuatro o cinco meses; sí, cuatro o cinco meses, repitió Karzof con insistencia, pensando: ¡Anda!, esto te enseñará a quererme comer con la vista.

— ¡Cuatro o cinco meses! ¡Y yo que debo casarme antes de marchar, y necesito partir dentro de la quincena de Pascua! Debieran ustedes haberme dicho eso antes, rugió mirando a Karzof con aire furioso.

Éste se quedó perplejo; afortunadamente recibió un refuerzo; la señora Karzof entró en el salón, y sin saludar siquiera a su futuro yerno, dijo secamente:

— No ha sido, en más de una ocasión, por falta de ganas. Debió usted darse cuenta de que no gustaba a mi hija.

— Nunca me dijo nada desagradable, replicó Titolof, desconcertado por aquel ataque brusco.

— ¡No falaba más! Cree usted que, en nuestra familia, somos bastante mal educados para decir cosas desagradables a las personas que recibimos?

(Se continuará.)

EL JAPÓN Y LA GUERRA EUROPEA

Apenas comenzó la actual guerra europea, hablóse de la intervención que en la misma podría tener el Japón en su calidad

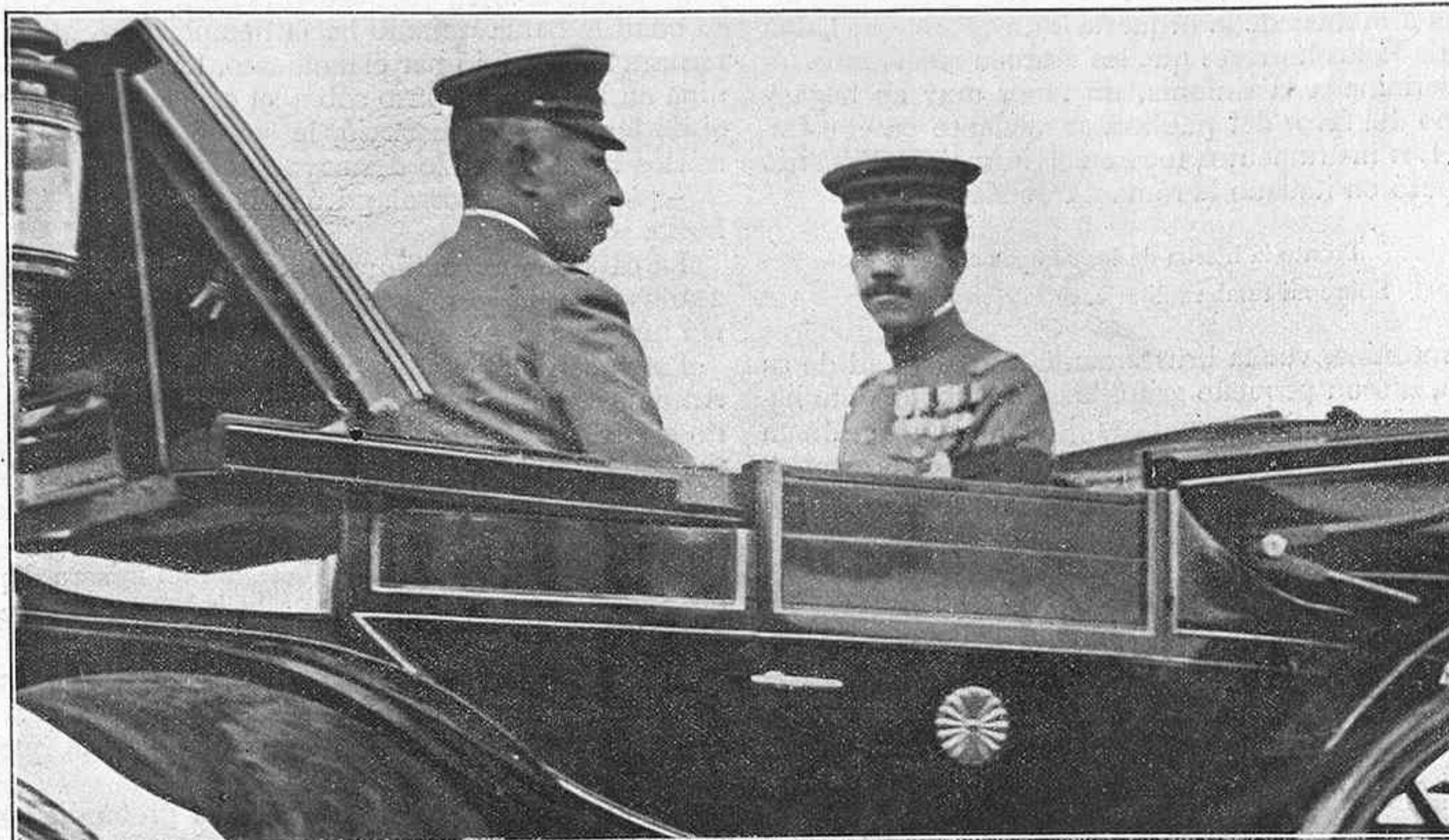
a intervenir en esta maldita baránda política, en la que las pasiones sectarias y la intolerancia de las antiguas costumbres han envuelto a esta nuestra querida Patria.

»Si no se acude con firmeza y rapidez a extinguir el incendio

»Por todo esto te ruego que en este momento de angustia para mí y tan crítico para Portugal no te niegues a colaborar en mi obra; corto será nuestro cautiverio, y al fin del mismo veremos compensado el sacrificio por la paz de nuestras conciencias y por haber prestado algún servicio al pueblo glorioso en que nacimos. - Belem, 23 enero 1915. - M. de Arriaga.»

EL DR. HELFFERICH

El nuevo director del Tesoro Alemán, o ministro de Hacienda, que ha sucedido al Sr. Kuehn, ha dirigido hasta ahora



El emperador del Japón Yosi-Hito y el príncipe Fushimi. (De fotografía de F. Parrondo.)

de aliado de Inglaterra. El Imperio del Sol naciente, cumpliendo fielmente sus compromisos, no tardó en atacar a los alemanes en el extremo Oriente, apoderándose de la importante plaza de Tsing-Tao.

de las facciones, que desean reducir todo esto a la miseria y a la podredumbre, estamos perdidos; esto no son palabras, sino una realidad inevitable.

»Podrá caducar para siempre el remedio que se ha de dar al gran mal; en dos palabras: es preciso un gobierno extrapartidario con el acuerdo, si no de todos los partidos (que tal vez se consiga), al menos, por la casi unanimidad, para atajar el antagonismo que se pretende introducir entre la República y el Ejército.

»De este Gobierno serás el presidente y el ministro del Interior, y de la cartera de Negocios Extranjeros podrá encargarse Freire de Andrade u otra personalidad de idéntico prestigio; los demás ministros serán escogidos por los tres partidos militantes, con la cláusula expresa de desterrar de entre ellos la política partidaria hasta las elecciones generales.

»Tu austeridad y tu solo nombre bastarán para garantizar la libertad del sufragio y la paz en la República y en el Ejército.

»Esta idea, que hace un mes era rechazada por los políticos, hoy creo que me es impuesta por la fuerza de las circunstancias.

»Yo, que deseaba irme, todavía me conservaré a tu lado hasta el final de tu jefatura; grande es mi sacrificio al permanecer en este puesto, y es necesario que otro tanto te suceda; ten paciencia; somos dos viejos que nos vemos obligados a dar ánimos a los nuevos.



El Dr. Helfferich, director del Deutsche Bank, que ha sido llamado a la dirección del Tesoro del Imperio alemán. (De fotografía de Hofer.)

el Deutsche Bank, el establecimiento financiero más importante de Alemania y agente de la política alemana en un gran número de países extranjeros, y es generalmente considerado como el hacendista más notable de su país.

Representó a Alemania en la conferencia de los asuntos balcánicos celebrada en París en el verano de 1913 y pasa por ser el inventor o por lo menos uno de los principales organizadores del sistema de créditos sobre el cual se apoya en estos momentos toda la organización económico-militar del Imperio.

Sin haber desempeñado nunca ninguna cartera, ha ejercido siempre decisiva influencia en la política financiera alemana.

MADRID. - HOMENAJE AL DR. CORTEZO

En el Palace Hotel de Madrid se ha celebrado un banquete en honor del ilustre Dr. Cortezo con motivo de su toma de posesión de la presidencia de la Real Academia de Medicina. Asistieron al acto más de 600 comensales, entre los que figuraban las más prestigiosas figuras de la medicina y de la política, y fué presidido por el homenajeado, a quien acompañaban en la mesa presidencial los ministros de Instrucción Pública, Fomento y Hacienda, el conde de Romanones, el marqués de Alhucemas, los Sres. La Cierva, Ramón y Cajal, Besada, Navarro Reverter, Pulido y otras eminentes personalidades.

A la hora de los brindis los pronunciaron elocuentes los señores Ramón y Cajal, Francos Rodríguez y el Dr. Cortezo.



El general Pimenta de Castro, nuevo presidente del Consejo de Ministros de Portugal. (De fotografía de A. Rato.)

Pero los aliados pretenden que el Japón no limite a esto su ayuda sino que acuda a reforzar los ejércitos que aquéllos tienen combatiendo en Europa; y a esto parece que el Japón no se presta con tanta facilidad. Sabido es que el gobierno japonés presentó al Parlamento un proyecto sobre aumento de los efectivos militares; que este proyecto fué rechazado; y que al discutirse la conveniencia de la intervención en la guerra europea se produjeron escenas violentísimas entre los partidarios de la abstención, que eran los más, y los partidarios de auxiliar a los ejércitos aliados. Al igual que los parlamentarios hallanse allí muy divididos respecto de esta cuestión los periódicos: unos han propuesto enviar medio millón de hombres para unirse a los rusos; otros han dicho que el papel del Japón debía reducirse a defender la India inglesa en el caso de que ésta fuese atacada por Turquía; y el órgano oficial del gobierno ha manifestado que el Japón, en caso de intervenir, no debe hacerlo buscando gloria sino por intereses vitales.

De todos modos los aliados no cesan en sus gestiones diplomáticas para conseguir una eficaz ayuda del Japón; pero esto ofrece, según parece, no pocas dificultades porque aparte de que aquella nación exige grandes concesiones en premio de su intervención, queda por despejar la incógnita de lo que harán los Estados Unidos en el caso de una participación directa japonesa en el conflicto europeo.

EL GENERAL PIMENTA DE CASTRO

En el número último, al hablar del movimiento sedicioso ocurrido en Portugal, publicamos algunos datos referentes al nuevo presidente del Consejo de Ministros portugués, general Pimenta de Castro. Completando lo que entonces dijimos, creemos de interés reproducir la carta que a raíz de su nombramiento envió al citado general el Presidente de la República Sr. Arriaga. Es un documento importantísimo porque además de señalar en él las relevantes cualidades del nuevo jefe de gobierno, contiene interesantes indicaciones sobre la situación política de aquel país.

Dice así:

«Mi querido Pimenta Castro: Me veo obligado nuevamente



Madrid. - Grupo de personalidades que asistieron al banquete celebrado en honor del Dr. Cortezo (x) con motivo de su elevación a la presidencia de la Real Academia de Medicina. (De fotografía de Santandreu Vasallo.)

MELILLA. - EL COMEDOR POPULAR REINA VICTORIA

Con gran solemnidad se ha inaugurado en Melilla el Comedor Popular Reina Victoria, instalado por iniciativa del general Villalba y patrocinado por la caridad inagotable de los melillenses, en el cual hallarán sano y abundante alimento los necesitados.

El acto de la inauguración resultó brillantísimo, estuvo presidido por el Comandante general de la plaza, general Jordana, y concurren a él nutridas comisiones de los cuerpos de la guarnición, representantes de las corporaciones civiles, y otros muchos y muy distinguidos invitados, entre los que predominaban elegantes damas y señoritas.

Después de la bendición del local por el Vicario eclesiástico D. Miguel Acosta, el Comandante general, acompañado de los demás generales e invitados, recorrió el nuevo edificio, que reúne excelentes condiciones para el objeto a que está destinado. Consta de dos magníficos comedores dotados de todos los enseres necesarios y a lo largo de los cuales se extienden dos hileras de mesas que tienen cabida para unos doscientos comensales. El edificio, que es de planta

también con espaciosa y bien acondicionada cocina, patio y otras dependencias y está dotado de abundante agua; ha sido construido por el conocido contratista D. José García Segado.

Terminada la visita del local, procedióse a servir la comida, que fué abundante y bien condimentada, y consistió en una suculenta paella, bistec, ensalada, naranjas, vino y café.

La comida fué servida a los pobres por las distinguidas señoras de Villalba, Gómez Souza, González Avila, Moreno Lázaro, Lobera, Miquelez de Mendiluce, Abenis, Vallescá, Tur, Fernández de Castro, García Ma-lea, Ecija, Carranza, Rodríguez, García Cantorné, Riera, Becerra, Riquelme, García de Toledo, Fernández Mariscal, Fernández Martos, de la Paz, Iribarren y García Carrasco.

El Comandante general y cuantas personas concurren a tan simpática fiesta felicitaron efusivamente al general Villalba, que en la Presidencia de la Junta de Arbitrios está realizando una labor meritisima con iniciativas tan importantes como la de la construcción del

Grupo Escolar, en la que nos ocupamos en el número 1.725, la del Comedor Popular Reina Victoria, y tantas otras de cultura y beneficencia.



Melilla. - Inauguración del Comedor Popular Reina Victoria. (De fotografía de Lázaro.)

PRÍNCIPES EN LA GUERRA

Los periódicos alemanes han publicado la siguiente relación de los príncipes alemanes que se encuentran en la guerra:

«El Káiser se halla en el frente occidental, donde se dirigió desde el comienzo de las hostilidades. Sólo ha interrumpido su permanencia allí para hacer una corta visita a las líneas del Este. Una indisposición, que duró breves días, obligó a Guillermo II a regresar a Berlín.

»El cuartel general del Emperador ha estado, primero, en Coblenza; más tarde, en el Luxemburgo, y, por último, se ha establecido en Francia, sin indicación del lugar.

»El kronprinz manda el quinto ejército con el general von Knobelsdorf, como jefe del Estado Mayor general. Este ejército es el que combate contra Verdún en la Woevre y en los altos del Mosa.

»Sus hermanos también se hallan en el frente. El príncipe Eitel-Frederic manda la primera brigada de Infantería de la Guardia. Los príncipes Adalberto y Augusto Guillermo han permanecido algún tiempo en el gran cuartel general. El segundo fué víctima de un accidente de automóvil, que le ha obligado a regresar a Berlín para curarse. El príncipe Joaquin es oficial de ordenanza en el 11.º cuerpo de ejército (general von Pluskow).

»El príncipe Enrique de Prusia, almirante, hermano del Emperador, ha estado durante algún tiempo en el gran cuartel general. Su hijo mayor, Waldemar, manda el cuerpo de automovilistas imperiales.

»Los hijos del príncipe Federico Leopoldo combaten en el regimiento de Húsares de la Guardia.

»Eso, en cuanto a los Hohenzollern. Los reyes de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia han permanecido en sus reinos, y no han dejado sus palacios más que para breves visitas a sus tropas combatientes.

»Otros príncipes reinantes tienen un mando activo.

»El príncipe Federico Carlos de Hesse manda el regimiento número 81 de Infantería; el duque Ernesto de Sajonia-Altenburg, el regimiento número 153; el príncipe de Schaumburg-Lippe, el 14 de Húsares, en el cual sirve también el príncipe Enrique XXXIII de Reuss; el gran duque de Hesse, el duque de Brunswick, yerno del Káiser, y el príncipe de Waldeck, que se encuentra en la guerra con sus tropas, han confiado las regencias a sus esposas.

»Igualmente se hallan en el frente los príncipes de Lippe, Max de Bade, Carlos Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen y el duque Ernesto Gunther de Sleswig-Holstein, hermano de la Emperatriz.

»El príncipe heredero de Baviera manda el sexto ejército. El duque Alberto de Wurtemberg manda el cuarto, y tiene tres hijos en la línea de fuego.

»El rey de Sajonia tiene también combatiendo tres hijos.

»El príncipe Max de Sajonia, sacerdote, exprofesor de Teología en Friburgo (Suiza), es capellán en la 23ª división.

»En fin, Guillermo de Wied, expríncipe de Albania, forma parte del Estado Mayor de una división de caballería.

»Han muerto siete príncipes de casas reinantes: dos Lippe, dos Méiningen, un Hesse, un Reuss y un Waldeck.

»Un Hohenzollern-Sigmaringen se halla prisionero en Inglaterra con la tripulación del *Emden*.»

Lo mejor para el pelo

Petroleo Gal

Ehrmann



La guerra europea. Berlín. — Individuos de la Cruz Roja alemana procediendo a la selección y desinfección de las prendas de lana recogidas para las tropas que luchan en los campos de batalla. (De fotografía de Argus.)

Mientras los ejércitos luchan en los campos de batalla, las instituciones benéficas y en primer término la Cruz Roja trabajan sin descanso en todos los países beligerantes para allegar recursos de todas clases con que aminorar los horrores de la guerra. Y si de una parte atienden a los que por heridas o enfermedades se encuentran en los hospitales, de otra preocupan también de aliviar los padecimientos de los que día y noche exponen sus existencias en continuos combates.

Una de las mayores penalidades que puede sufrir el soldado, sobre todo en la presente estación y dado el modo como ahora se lucha, es la del frío; de aquí que la Cruz Roja y demás instituciones filantrópicas dediquen especial atención a proporcionarles el mayor número posible de prendas de abrigo, recogiendo al efecto cuantos donativos de esta índole hacen los particulares.

El grabado que adjunto publicamos da una idea de los trabajos realizados por la Cruz Roja alemana, que no se limita a recoger las prendas que en número grandísimo le son entregadas, sino que, además, procede a una cuidadosa selección y clasificación de las mismas, y una vez escogidas y clasificadas

las somete a una rigurosa desinfección, operación esta última tanto más necesaria, cuanto que con ella se evitan muchas enfermedades que el uso de aquéllas podría determinar entre los que las empleasen.

Es de suponer que estas precauciones higiénicas adoptadas por la Cruz Roja alemana las siguen también las instituciones similares de los demás países, en todos los cuales inspira el mayor interés todo cuanto se refiere a la vida y a la salud de los que heroicamente defienden a su patria.

El otro grabado que publicamos representa una sección de ametralladoras en posición en una de las trincheras alemanas de la Prusia oriental. Con el actual sistema de lucha, esa guerra con razón llamada de desgaste en la que a pesar de combatir entre sí millones de hom-

bres, no se libran grandes batallas de resultados decisivos, las trincheras han alcanzado una importancia capital y en ellas se han acumulado todos los elementos defensivos y ofensivos que en otras guerras sólo se aplicaban a los sitios y a las acciones en campo abierto, atacándose esas posiciones al parecer insignificantes con artillería gruesa, disparándose desde ellas con fusiles, ametralladoras, piezas de pequeño calibre y con los llamados *minenwerfer* (lanzaminas) y practicándose para tomarlas los más pacientes trabajos de zapa. Los *minenwerfer* son unas nuevas piezas de artillería invertidas por los alemanes, parecidas a los morteros y que sirven para lanzar explosivos en las trincheras enemigas; pesan poco y pueden ser transportados y emplazados con facilidad. Su alcance no excede de algunos centenares de metros y más bien que como un



Compañía de ametralladoras en una trinchera alemana de la Prusia oriental (De fotografía de Haeckel.)

arma más de la artillería, se los considera como un elemento auxiliar de que dispone la infantería para facilitar su acción.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

LAS ZONAS FRANCAS O NEUTRALES. — Folleto en el que se estudian de una manera compendiada lo que son las zonas neutrales y las ventajas que reportan, demostrando éstas con sólidos fundamentos y con los ejemplos de países extranjeros, y rebatiendo los argumentos que en contra del establecimiento de las mismas se aducen. Además se explican los antecedentes que la cuestión tiene en España, se hace ver la oportunidad de establecer dichas zonas en las actuales circunstancias y se indica la necesidad de autorizar al gobierno para su crea-

ción. Un folleto de 16 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Fortanet.

LIGERAS NOCIONES DE SELVICULTURA, ORDENACIÓN DE MONTES Y XILOMETRÍA, por *Juan Herreros y Butragueño*. — Este libro del distinguido Ingeniero de Montes señor Herreros y Butragueño se ajusta al programa para el ingreso en el Cuerpo de Auxiliares facultativos de Montes y ha de ser, por consiguiente, de gran utilidad para los que aspiren a entrar en este cuerpo. Pero, además, su lectura puede ser muy provechosa para los amantes del árbol y del monte, y aun para el público en general, por cuanto divulga interesantes conocimientos científicos sobre los procedimientos que deben seguirse para el tratamiento de los árboles. La obra se divide en tres

partes: Selvicultura o estudio de las influencias de los agentes naturales sobre la vegetación, de las propiedades y aplicaciones de las especies forestales más abundantes en nuestro país, de la forma más conveniente para el aprovechamiento del monte, etc.; Ordenación y valoración de montes, o estudio de las diversas partes que componen un proyecto de ordenación de montes y modo de conseguir la constancia y el máximo valor de la renta, sin perjuicio de la conservación del monte; y Xilometría o enseñanza de los procedimientos más convenientes para determinar las existencias leñosas de un monte, de la manera de medir los árboles, las maderas, las leñas, etc. Un tomo de 208 páginas impreso en Madrid, en la imprenta de Arahuetes y Villoria; precio, 3,50 pesetas. Los pedidos, al autor, Leones, 1, Madrid.

El Mundo antes de la Creación del Hombre

ORIGEN DEL HOMBRE

PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA O FORMACIÓN DEL UNIVERSO

HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO

Obras escritas por **L. Figuer y W. F. A. Zimmermann**

Traducidas por **E. L. de Verneuil**

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS INTERCALADOS Y LÁMINAS TIRADAS APARTE

Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados comprendiendo el estudio y descripción de la EPOCA PRIMITIVA. — EPOCA DE TRANSICIÓN. — LAS PLANTAS DEL MUNDO PRIMITIVO. *Epoca secundaria. — Epoca terciaria. — Epoca cuaternaria. — Diluvio de Europa. — Período glacial. — Las fuerzas plutónicas. — Las fuerzas volcánicas. — Los temblores de tierra. — Los minerales. — Relieves del globo. — Las aguas dulces. — Los mares. Los montes polares.* — SEGUNDA PARTE. — *Origen del hombre. — Edad de piedra. — Edad de bronce. — Edad de hierro. — Las razas humanas. — Supersticiones. — Lenguaje, etc., etc.*

Su precio es de 60 pesetas ejemplar encuadernado pagadas en doce plazos iguales.



Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN